

de castor negro, de alas anchas, con su poncho, y dando la impresión de un criollo bien apuesto”.

Luego los reunía a todos y salían en sus cabalgaduras hacia Córdoba. Habían de recorrer todavía más de 150 kilómetros. Era difícil la travesía, apenas sin caminos abiertos. Había que cruzar la Pampa de Achala. Las peripecias ocurridas no tenían fin. Después del reclutamiento de ejercitantes y cabalgaduras, eran tres días de incómoda marcha, a veces con tormentas. Luego atender en Córdoba a todos los detalles. Y el regreso. Algunos se habían resistido a la invitación y había que empujarles. Se cuenta que a uno, para que no se volviera, tenía que irle dando, de cuando en cuando, un trago de ginebra... Pero él iba delante e infundía ánimos a todos. Y acababa una tanda, el descanso consistía en preparar otra sin demora. Valía la pena el enorme esfuerzo. Sí, valían la pena los frutos de conversión.



El magín apostólico de Brochero tuvo un día una idea feliz. Empezó a proyectar una Casa de Ejercicios en El Tránsito, para evitar el penoso trayecto hasta Córdoba y para multiplicar el bien.

Pronto puso manos a la obra. Empezó a mover corazones, a levantar entusiasmos y a conseguir recursos. De momento tenía ya brazos, pero le faltaba plata. Ahora tiene que recaudar fondos. Ve con alegría cómo crecen los donativos.

El 16 de agosto de 1875, el día siguiente de la Asunción de la Virgen, a quien ha encomendado su obra, es un día grande en la vida del Cura Brochero. Ese día se empieza la obra, su ilusión largamente acariciada. Sabía que sería una obra de mucha gloria de Dios, que el demonio intentaría impedirle. Por eso, lleno de confianza, al lanzar la primera piedra al fondo de los cimientos, exclamó: “¡Te fregaste, diablo!”. Frase festiva que sus feligreses acogieron con aplausos.

La obra seguía adelante sin cansancios. De todas partes conseguía colaboraciones y prestaciones personales. Era un hombre tesonero y convincente. Era el primero en arrimar el hombro. Aquella obra era su ilusión. Pero era obra de todos, repetía él. El era un simple instrumento de Dios. “Yo soy corteza de tronco viejo para el paso de hormigas”, decía una vez.

El año 1877 es otra efemérides emotiva para Brochero. Ese año se inaugura la Casa de Ejercicios. La satisfacción es grande para todos. El no puede concederse descanso. Ya está buscando ejercitantes por toda la comarca. A la primera tanda acuden más de quinientos. A la última de ese año, más de ochocientos. Hay todavía deficiencias materiales. Pero él atiende a todo. Lo demás lo suple el fervor y entusiasmo de los ejercitantes.

El Venerable Manuel Domingo y Sol decía que los Seminarios eran “la llave de la cosecha” para la renovación de las diócesis. El Cura Brochero veía en los Ejercicios Espirituales la llave de la cosecha para la vida cristiana de aquellas tierras. No dejó un rincón sin recorrer, ni quedó un rancho sin visitar, para invitar a los Ejercicios. En esto era incansable e inasequible al desaliento. La huella bienhechora y fecunda de una vida más cristiana, que

Brochero sembró con el apostolado de los Ejercicios entre las gentes más humildes, se palpa todavía en toda aquella comarca cordobesa.

* * *

No ha terminado una obra, y ya está soñando con otra. No descansa su cerebro ni su corazón. Ni sus manos en recoger ayudas. Muchas veces ha de pedir a sus gentes "que se rasquen la bolsa". Ni sus pies en rodar mil veces en aquellos riscos. "¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la salvación!" (Is 52,7).

No había terminado la Casa de Ejercicios, y ya está en marcha la construcción de un nuevo edificio adosado al primero, un Colegio para niñas, de que carecía la zona, obra que es acogida y realizada con el mismo entusiasmo que la anterior. Eso es trabajar y adelantarse en la promoción de la mujer. Las Hermanas Esclavas de Córdoba lo regirán. Pronto fue una consoladora realidad, muy provechosa para toda la comarca. Luego construye colegios para niños también.

El ejemplo y laboriosidad de su cura enardecía a todos. Era el primero en ponerse a serrar troncos, acarrear material y trabajar en la construcción, cuando no estaba mendigando recursos para comprar materiales y para alimentar a cientos de trabajadores voluntarios.

Todos estos desvelos eran bien conocidos y apreciados por sus superiores eclesiásticos, entre ellos el inolvidable obispo de Córdoba, Fray Mamerto Esquiú, por las autoridades civiles y por la prensa de Córdoba, incluso la de matiz liberal, que siempre le trató con encomio y respeto.

Junto a sus trabajos apostólicos y a su interés por elevar el nivel cultural de sus gentes, está también el impulso que despliega para mejorar las condiciones materiales de la región. Hace numerosos viajes a Córdoba. Visita al Gobernador, su antiguo discípulo y amigo Juárez Celman. El resultado fue la construcción de una buena red de caminos que cruzaba los departamentos del oeste, para facilitar la comunicación mutua y con Córdoba. No se para aquí. Pronto le hierven por dentro nuevas iniciativas. Ahora sueña también con el paso del ferrocarril. Sus gestiones fueron decisivas para la prosperidad y bienestar de toda la región. Ni descansaba ni dejaba descansar cuando se trataba de ayudar a sus parroquianos y a las gentes de su departamento. "Con muchísimo gusto me gastaré y me desgastaré yo mismo por vosotros", decía con San Pablo (2 Cor 12,15).

Brochero era un hombre al que le bullían siempre nuevos planes. "Qué triste sería el mundo si todo él estuviera hecho ya. Si no hubiera un rosal que plantar y una tarea que emprender" (Gabriela Mistral). Apenas conseguía un logro, ya veía cien nuevos senderos abiertos. "Dicen los libros indios que donde quiera pone el hombre la planta, pisa siempre cien senderos" (Ortega y Gasset). Su pensamiento y su corazón estaban siempre atentos a los cuatro puntos cardinales, como canta Antonio Machado:

Sentía los cuatro vientos
en la encrucijada
de su pensamiento.

El Cura Brochero hablaba a las gentes con sencillez. Con ejemplos y comparaciones. Era gráfico, colorista y castizo. Contundente, incisivo y chispeante. Todos le entendían. No era como aquel curita joven que al llegar a su destino, en su primer sermón les espetó: "Cuando diga psíquico, quiero decir espiritual, y cuando diga somático, quiero decir corporal". Y un anciano, inculto pero muy avisado, le interpelló: "pues diga usted las cosas claras, y sobran las explicaciones".

Hombre de buen humor era Brochero y lo utilizaba como arma apostólica. Era del pueblo y no quería separarse para nada de él. Ni siquiera en el lenguaje. Y sabía hacerlo muy bien. Era eficaz porque iba siempre por delante con el ejemplo. Porque lo era "todo para todos" (1 Cor 9,22). Porque obraba antes que hablar. Por eso conseguía todo lo que quería. Allí estaba su arte y habilidad. Era un gaucho con gancho.

De él se cuentan multitud de anécdotas graciosas y chocantes. Unas verdaderas y otras que le endilgan. Tenía salidas famosas e inesperados chispazos.

En la rica vida del Cura Brochero hay un episodio singular. Es su encuentro con el famoso bandido el Gaucho Guayama. Sembraba la desolación y el horror por todas partes. También gozaba de la aureola frecuente en estos casos: la de defensor de los humildes. Brochero, después de muchos intentos, consigue un encuentro con él. Le urge a que abandone la vida descariada y que él intentará conseguirle el indulto. Tiene además una idea audaz, que Brochero abriga como una secreta esperanza: iniciar con su presencia las tandas de Ejercicios de El Tránsito.

El Presidente Sarmiento no accede al indulto. Entonces Guayama prosigue sus fechorías. Pero promete a Brochero, y lo cumple, —"los ladrones somos gente honrada"— no acercarse más por su feligresía. Por culpa de una traición Guayama es apresado. Pide una entrevista con el Cura Brochero. Pero cuando Brochero llega, ya ha sido asesinado. El buen corazón de Brochero, recordando su aventurado encuentro, dirá de aquel hombre: "De Guayama se dice que era muy malo, pero para mí era un manso cordero y muy buen amigo". Seguía el consejo de San Juan de la Cruz: "Y donde no hay amor, pon amor, y encontrarás amor".

También con otro famoso bandolero, Gaucho Seco, entró en contacto Brochero. También le invitó a una tanda de Ejercicios. Pero en este caso con resultado positivo. Las gentes de El Tránsito no creían lo que veían. El Cura Brochero y Gaucho Seco entraban en la Villa, jinetes en sendos caballos. Parecían Francisco de Asís y el lobo feroz de Gubbio —también ahora convertido en manso cordero—, según los describe Rubén Darío:

Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto lo seguía
como un can de casa, o como un cordero.

A un médico liberal que le desafia a una partida de naipes, le gana Brochero. El perdedor cumple lo pactado: ir a Misa, confesar y comulgar. Es también curiosa una de sus salidas en favor de los humildes, que vendían sus pocas pertenencias a los turistas que les visitaban: "Es preciso cobrarles muy caro

por todo y sacarles toda la plata que puedan. Ustedes son muy pobres y ellos tienen de más. No es pecado". Y así, tantas y tantas anécdotas sabrosas. Realmente era un manantial de ternura hacia los pobres.

* * *

En 1886, a la muerte de Mons. Tesera se habla de Brochero como posible sucesor en la sede de Córdoba. Brochero hace lo posible porque esto no se produzca. Pronto es nombrado Mons. Toro. En 1890 hay revoluciones en el país. Luchan los partidos. Ese mismo año muere su madre.

En 1898 Brochero, que está muy cansado, es sustituido en su parroquia y le asignan una canongía en Córdoba. Había pedido el relevo, pero ahora no sabía como arrancarse de sus feligreses. En 30 años había dejado allí, en tantas obras, en tantos corazones, su sangre, su juventud y su vida. Hay muchas emociones en la despedida. Le entregan una medalla de oro con una inscripción que había sido realidad: "Evangelio, escuelas, caminos". Había realizado una tarea que "pasará mucho tiempo para que sea igualada por nadie". Brochero les contesta con sus lágrimas.

En Córdoba sigue haciendo gestiones en favor de sus gentes. Aceptó la canongía, pero "la verdad es que nunca se sintió cómodo en este cargo y que repartía entre los pobres la cantidad que por él percibía". Conservaba sus costumbres sencillas. Disfrutaba leyendo El Quijote y le llenaban de regocijo las aventuras de Sancho Panza. Consultaba los libros de espiritualidad que tenía a mano. Deseaba conseguir el titulado "Alfalfa espiritual para borregos de Cristo", entre otras cosas, decía él, porque, aunque le ofreciera "en vez de huevos un escorpión", le recordaba a su mula *malacara*. Lo que realmente hubiera hecho sus delicias, y habría sido capaz de contratar un detective para encontrarlo, sería aquel otro libro titulado "Ecos de las cóncavas rocas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las Raqueles ovejas del aprisco del Elías carmelitano".

Volvía cuando podía a sus tierras serranas. En Córdoba ejercía su apostolado con los presos y hasta les dio misiones. Asistía a tertulias. Era muy apreciada su sabrosa conversación. Pero, entre broma y broma, dejaba unos granos de Evangelio. Reza en el coro de la Catedral, pero su corazón está en el Oeste cordobés. Un día, al quitarse la muceta de canónigo, la entrega diciendo: "Este apero no es para mi lomo. Ni la mula es para este corral" (Aznar).

* * *

La cabra tira al monte, dice el refrán popular. Bien estaba Brochero en Córdoba, pero la querencia serrana tiraba de él con mucha fuerza. Además hay tensiones en El Tránsito. No era fácil sustituirle. En 1902 vuelve de párroco. Vuelve a sus gentes, a sus tierras serranas, a sus añorados paisajes. Los corazones se enternecen de alegría. Sobre todo, los más pobres. Todos le deben mucho.

Ya está de nuevo dispuesto a enfrentarse a las lluvias, a los vientos, a los rayos de fuego del sol, y a trepar por las sierras. "Que para esto y para socorrer el poverberío no hay quien le ponga el pie delante". No quiere murmuraciones sobre los curas que le han precedido. "Cada uno, les dice, toca la cuerda con los dedos que Dios le ha dado".

Sigue luchando por un sueño largamente acariciado: la construcción del tramo de ferrocarril de Soto a Villa Dolores pasando por El Tránsito. Idas y venidas a Córdoba y Buenos Aires, cartas y entrevistas. "No quiero morirme, dice, sin tocar los rieles". Logra que el proyecto sea aprobado. Es recibido en El Tránsito con arcos de triunfo. Sigue luchando para que el proyecto se ponga en marcha. Pero, a pesar de las promesas, no se realizó. La burocracia y desidia de muchos tuvieron la culpa. Fue una nota de tristeza en sus últimos años.

A principios de 1908 presenta su renuncia y le sustituye Acevedo, gran admirador suyo y su entusiasta biógrafo. No lo hace sin dolor. Allí ha dejado su vida. Pero no sólo está viejo. Se siente también enfermo. Hubiera deseado morir al pie del cañón, como el legendario y valeroso negro Barcala. Pero hay que aceptar los planes de Dios. Fueron duros sus últimos años. En sus andanzas por las sierras, quemado por los soles y los vientos de la montaña, había contraído la lepra. Poco a poco se queda también ciego.

Pasa los días entre su pueblo natal y El Tránsito. Vive pobremente en casa de su hermana, y aún busca limosna para los pobres. Aquel titán incansable no podía salir ahora sino con la ayuda de un lazarillo. "En su rostro tosco de criollo añoso, recuerda un anciano, había el sello espléndido de una inmensa bondad evangélica". O como dice otro: "Su tosca apariencia exterior no era sino la contrafigura de su delicadeza de corazón y de sus tiernos sentimientos".

Predica en la iglesia y en el colegio, con el mismo gracejo y acierto. Por la calle solía ir rezando el rosario. Y a la vez tenía palabras cariñosas para todos. Ciego, enfermo, pobre y al final sordo, vivía confiado en las manos de Dios, "firme como las montañas que fueron testigos de sus proezas" (Pío Angulo).



Todos veían ya muy cerca la muerte, el paso a la Vida. "La muerte para el sacerdote es un progreso. Deja la iglesia terrenal, que es una copia, para ir a la catedral cósmica en que oficiará la sublime y divina Liturgia Celestial, al lado de nuestro obispo único Jesucristo" (Gheorghiu). Tres días antes de morir aún intentó celebrar Misa en su habitación, pero no pudo pasar del Evangelio. Después de leer las palabras: "Y yo les resucitaré en el último día", sufrió un desmayo y la hubo de interrumpir. Se confesó y recibió el viático. Estaba tranquilo. "Aunque el demonio busque algo en mí, se equivoca. Todo está pagado por la sangre de Cristo".

Se extinguió serenamente el 26 de enero de 1914. Estaba para cumplir 74 años. Bien podemos decir que *descansó* en el Señor aquel "operario irrepensible" (2 Tim 2,15). Un escalofrío de pena recorrió los corazones de todo el contorno. El pueblo pasaba entre sollozos contenidos para besar las manos bienhechoras del apóstol. Le llevaban ramos de flores mezcladas con lágrimas. El día 27, ante una concurrencia estremecida, era enterrado en la capilla de la Casa de Ejercicios.

Toda la prensa del país hizo el elogio merecido del Cura Brochero. Había muerto un apóstol de muchos quilates, de talla difícilmente alcanzable. Su lengua estaba muda, pero "le seguían sus obras". Quedaba la Obra de los Ejercicios

y su inmensa labor apostólica y humana. Quedaban las capillas, las escuelas, más de 500 kilómetros de caminos. Y el sueño del ferrocarril.

Se le tributa un homenaje popular. Todos colaboran. A Villa de El Tránsito se le llama desde ahora Villa Cura Brochero. Se le erige un monumento en la plaza. Se le dedican calles en Córdoba, en Villa Dolores, en Santa Rosa de Río Primero. Se da su nombre a escuelas e institutos. Se ha celebrado solemnemente en 1940 el centenario de su nacimiento. Se inicia un Museo Brocheriano en Villa Cura Brochero.

* * *

Tuvo tal fulgor la figura de Brochero que el tiempo, que todo lo desvanece, no hace sino abrillantarla y acrecentarla. Su recuerdo es tan vivo que parece que su persona permanece todavía entre sus gentes. Su proyección espiritual perdura y sigue iluminando y animando toda la serranía cordobesa, sobre todo por la obra ingente que realizó con los Ejercicios Espirituales. Así me lo confesaba hace poco el sacerdote Operario P. Arturo Riol. Y así me lo repetía, con cálida admiración, el sacerdote español D. Julio Navarro, que pasó por allá algunos años.

Firmente anclado en el Evangelio, este apóstol de los Ejercicios vivía también el lema del poeta clásico latino Terencio: Nada humano me es ajeno. Por eso algunos le llamaban el cura progresista, en el sentido de que se preocupaba sin descanso del progreso de sus gentes y de todos sus problemas sociales, sin tener por ello que olvidarse de su condición sacerdotal, como testigo de la Transcendencia. Pues "la pirámide que no tiene por vértice el infinito no merece el nombre de pirámide" (Saint-Exupèry). Como resaltaría vigorosamente Juan Pablo II en enero de 1979, en su discurso programático a la Conferencia de Puebla hay que asegurar en primer lugar, sin desvíos ni reticencias, el anuncio del Evangelio, y luego no tener miedo en la defensa de todas las consecuencias y exigencias de la justicia. "¡Qué pena, decía Juan Pablo I a los periodistas, que el socialismo haya mezclado el ateísmo en sus programas! ¡Qué tendrá que ver la lucha por la justicia con el materialismo sin Dios!" El Cura Brochero supo conjuntar muy bien los dos extremos, y ahí radica su gloria y su grandeza.

El Papa Pío XII decía en cierta ocasión, con triste ironía, que a las tres conocidas fases de la Iglesia había que añadir una cuarta: Iglesia triunfante, purgante, militante... y *durmiente*. Quería con ello despertar una auténtica militancia cristiana en los más flojos y remisos, militancia cristiana que está inyectando a todas horas la poderosa personalidad del Papa Wojtyla. Pues bien, pocos hombres tan despiertos, militantes y entusiastas como el Cura Brochero. "¡Qué fibra, se ha escrito de él, qué temple de soldado, de verdadero soldado de Dios! Todo lo domina, todo lo doblega, nada lo detiene".

Los que visitan los lugares donde desarrolló su apostolado hablan de su intercesión para alcanzar gracias de Dios. En los que conocemos su ejemplar biografía ya tiene el Cura Brochero un altar. Ojalá podamos un día venerar oficialmente a este hombre egregio y benemérito, gloria del clero argentino y de la Iglesia universal.

EL HERMANO UNIVERSAL

“Nadie es más digno de compasión que el hombre privado de pasiones poderosas. Pensamos con Kierkegaard que “quien se ha perdido en la pasión ha perdido menos que el que ha perdido la pasión”. Por terribles que sean las consecuencias de la primera pérdida, ésta jamás es irreparable. Siempre se ofrece a la víctima de la pasión la posibilidad de la conversión. ¡Cuántos grandes santos experimentaron, antes de su conversión, su pérdida en la pasión y por ella! San Pablo, perseguidor apasionado, María Magdalena y Agustín, apasionados del amor, Ignacio de Loyola, y Charles de Foucauld, grandes ambiciosos, se convirtieron en apasionados apóstoles. En cambio, al que ha perdido la pasión, no se le ofrece más que la “mediocridad suficiente y distinguida”. Los anales de los Santos no conocen un solo caso de paso a la santidad desde la “mediocridad distinguida”. ¡Más valdría pecar, insiste Kierkegaard, seducir muchachas, matar hombres, hacerse salteador de caminos. De esto puede uno al menos arrepentirse, mientras que de la mediocridad suficiente y distinguida no se arrepiente jamás (Lepp). Foucauld fue ciertamente un temperamento apasionado, poco cartesiano. Díscolo y pendenciero. Pero luego puso también todo el ardor de su pasión incontenible en el seguimiento de Cristo.

* * *

La vida de Carlos de Foucauld se encuadra en estas tres fechas clave: Nace el 15 de septiembre de 1858 en Estrasburgo, tiene lugar su conversión el 30 de octubre de 1886, y muere en Tamanrasset, Sahara, el 1 de diciembre de 1916. Su conversión a los 28 años divide su vida en dos períodos netamente distintos. El primero, azaroso, levantisco, exhibicionista, explorador del Sahara. El segundo, sereno, contemplativo, silencioso, explorador constante del espíritu.

Había nacido en una familia noble y heredado el título de vizconde. Queda huérfano de padre y madre a los cinco años, y es encomendado a la tutela de su abuelo materno, hombre tan bondadoso como débil, lo que influirá en la conducta independiente y desgarrada del joven Carlos.

Cursa los estudios medios e ingresa en la Academia Militar. Malas compañías, lecturas inconvenientes, profesores escépticos —unido al desarraigo familiar— llenaron de dudas su cabeza y de hastío su corazón. Pierde la fe y empieza una vida de vicio y de placer, vacía y sin brújula. El afán de alargadas y confort podían en él mucho más que la disciplina castrense y que

los libros. Su habitación en la Academia Militar era la más escandalosa de todas y no daba muestras de enmienda aunque le castigasen duramente.

Carlos abandonó en dos ocasiones el ejército de Argelia. La primera por culpa de los escándalos dados a causa de una mujer de la que se había enamorado locamente. Tiene entonces veintitrés años y marcha a Francia. En medio de su vida licenciosa empieza a sentir una especie de hastío y aburrimiento. Es un primer paso, todavía negativo, hacia la recuperación. Más tarde confesará ante la Cruz de Cristo: "Yo hacía el mal, pero ni lo aprobaba ni podía amarlo. Tú me hacías sentir un vacío doloroso, una tristeza como no la he experimentado más que entonces. Esa tristeza me volvía a invadir todas las tardes, cuando me encontraba a solas en mi habitación".

Al producirse en Argelia un levantamiento contra Francia, Foucauld se alista otra vez en el ejército. Pero esta vez ya no es el hombre alegre y confiado. El encuentro con el peligro le ayuda a madurar. Siente ahora una llamada que le marcará para siempre: la llamada del desierto. Abandona por segunda vez el ejército, y, en medio de graves peligros y valiéndose de hábiles estratagemas, explora numerosas regiones del Sahara, que luego recopila y recoge en publicaciones que le merecerán premios notables.

La grandeza y soledad del desierto han empezado a purificarle el corazón. También le ha impresionado hondamente la fe sencilla y profunda de muchos musulmanes. "El Islam ha producido en mí una profunda conmoción, dirá después. Viendo esta fe, estas almas que viven en continua presencia de Dios, he llegado a entrever algo más grande y más sincero que las diversiones mundanas". Ha sido un aldabonazo humillante para su fe dormida. Dios se ha servido de este medio como de una llamada incipiente hacia la verdad.



Carlos vuelve de Argelia agotado y cansado, sediento de luz y de fe. Su tía y sus primas le acogen con cariño en una casa de verano donde pasaban una temporada. Allí en contacto con la naturaleza, y al abrigo del calor familiar, recupera la salud y el sentido del bien, por obra sobre todo de la amistad admirablemente atenta de su prima María. Es el año 1884, y se puede colocar aquí el verdadero comienzo de su conversión.

Es difícil ponderar suficientemente el papel que juega en la vida de Carlos su prima María de Bondy. María será para él como una segunda madre, le comprenderá silenciosamente y le ayudará con paciencia y cariño inmenso, a lo largo de sus años de extravío, lo mismo que después de su conversión. No dejará de escribirle durante cuarenta y siete años. Le acompaña de niño a visitar al Santísimo y le infunde una tierna devoción al Sagrado Corazón de Jesús ante una imagen familiar, que luego Carlos reproducirá en Tamanrassat.

"Tus bondades maternas —le escribirá desde Nazaret— no datan de hoy: gracias por el pasado, el presente y el porvenir". Para su Primera Comunión le regaló un libro, *Elevations sur Les Mystères*, de Bossuet, que luego le ayudará mucho antes de su conversión.

María de Bondy es el primer instrumento de Dios en la conversión de Carlos, como él reconoce expresamente. La bondad de María de Bondy le había atraído ya a la virtud. Ahora por la belleza de esta alma, se siente

atraído a la verdad. "Puesto que esta alma es tan inteligente, escribe Foucauld, la religión que cree tan firmemente no puede ser una locura como yo pienso. Vos me familiarizasteis así con los misterios de la religión", escribe Carlos a su prima, aludiendo al libro de Bossuet que le había regalado.

Recordando las misericordias de Dios los últimos meses antes de su conversión, Carlos escribirá: "Todo esto, Dios mío, era obra vuestra... Un alma hermosa os secundaba con su silencio, su dulzura, su bondad, su perfección. Se dejaba ver, era buena y esparcía su perfume atrayente, pero no obraba... Vos habíais arrojado el mal de mi corazón. Mi ángel bueno había vuelto a ocupar su lugar en él, y vos le unisteis un ángel terrestre".

Lo esencial, pues, de la acción de María de Bondy sobre su primo consiste en una presencia amorosa, respetuosa y silenciosa. Al obrar así, María seguía los consejos de su director el P. Huvelin, coadjutor de la parroquia de San Agustín, en París. "Cuando se quiere convertir a un alma, solía decir el P. Huvelin, no hay que predicarle. El mejor medio no es echarle sermones, sino probarle que se le quiere". Este método, empleado por una mujer y un sacerdote muy inteligentes, impresionará mucho a Foucauld. "El mismo no dejará de seguirlo y pedirá a sus discípulos que salven las almas de sus hermanos estando presentes entre los hombres y siendo, entre ellos, testigos silenciosos del amor de Jesucristo".

Todas estas influencias han ido desbrozando el camino, han ido preparando el alma de Carlos para descubrir a Dios, pero todavía no conocía a Dios. "Al comienzo de octubre de 1886, después de seis meses de vida familiar, admiraba, quería la virtud, pero no os conocía". "Tú eres feliz en creer, dice a su prima, yo busco la luz y no la encuentro".



Jean François Six ha sabido bucear magistralmente en el alma y los escritos de Foucauld y ha trazado con toda claridad los momentos más decisivos de su itinerario espiritual, antes y después de su conversión.

El momento mismo de la conversión, el *encuentro* consciente y *definitivo* con Dios, lo cuenta el mismo Carlos de Foucauld en dos escritos diferentes: una meditación escrita en Nazaret once años después, en 1897, y una carta, dirigida a un amigo, cuatro años más tarde, en 1901.

"Empecé a ir a la iglesia sin tener fe, y no me hallaba bien más que allí, repitiendo durante largas horas esta extraña oración: Dios mío, si existís, haced que yo os conozca". Con esta disposición iban cayendo todos los obstáculos, hasta llegar el "Día bendito, día de Bendición".

Este día —el 29 ó 30 de octubre de 1886, según señala en sus cartas— Carlos se dirigió a la iglesia de San Agustín, en busca del P. Huvelin, que estaba entonces en el confesonario. Se le acerca y le dice que no quiere confesarse sino que le pide "lecciones de religión". Pero el P. Huvelin "me hizo arrodillar y confesarme" e inmediatamente le ordenó ir al altar de la Virgen para recibir la comunión.

Carlos ha sido cogido por sorpresa. Pudo resistirse, pero se doblegó. Ha sido una conversión brusca, casi brutal, una irrupción fulgurante de la gracia,

un encuentro luminoso con Dios. No era normal este modo de actuar del P. Huvelin, tan discreto y prudente. Pero debió intuir el embrollo e indecisiones en que Carlos se hallaba enredado. En tales circunstancias sólo actos concretos, decididos y rápidos pueden abrir brechas para que entre a raudales la luz. Cuenta el P. Arintero una anécdota que pudo tener un final feliz semejante. D. Miguel de Unamuno tenía frecuentes discusiones religiosas con el P. Reigada. Un día, de repente, le dijo Unamuno: Padre ¿qué tengo que hacer para creer? Y el P. Reigada, viendo la inutilidad de las discusiones, le contestó: D. Miguel, para creer, arrodillarse y rezar. Pero Unamuno no se arrodilló.

Carlos siente que algo nuevo, de repente, ha brotado en su interior, que Alguien vive ya en su corazón, "que Dios se convierte de golpe para él en persona viva, que le trasciende infinitamente y está, sin embargo, tan cerca de él". El escéptico de antes escribía a su amigo: "¡Definitivo! Tú sabes muy bien cómo hay que entender esta pa'abra. Uno y otro somos demasiado filósofos para figurarnos que haya nada definitivo en este mundo". Nada es definitivo para los escépticos ni para los calculadores, ni para los políticos, según confesaba Romanones: "Cuando digo jamás me refiero únicamente al momento en que lo digo". Ahora sí entiende Carlos que algo definitivo ha sucedido para él. El *encuentro* con Dios de la iglesia de San Agustín le *tatuará para siempre*.

* * *

De momento su vida exterior seguía igual. Pero una gran inquietud y afán de superación le mordía el alma. "Apenas creí que había un Dios, comprendí que no tenía otro remedio más que vivir sólo para El. Mi vocación religiosa data de la misma hora que mi fe". Pero ¿cómo concretar este camino, esta vocación?". "¡He aquí siempre este *quid me vis facere* (de San Pablo) que, desde hace diez años que me volvisteis al redil, desde que me convertisteis y, sobre todo, desde hace ocho años, vuelve tan a menudo a mis labios!". escribirá más tarde desde Roma.

El antiguo explorador del Sahara seguirá de nuevo explorando, pero será muy otro su objetivo: cómo y dónde podrá imitar mejor a Jesús. Dará muchas vueltas, hará muchas pruebas, siempre en búsqueda constante de lo mejor, y no descansará hasta volver otra vez al Sahara, pero ahora será muy distinto el signo de su exploración. Para acertar mejor, le seguirán ayudando, con tacto y delicadeza, su prima María y el P. Huvelin.

Tres hechos influyeron en su primera decisión. El primero fue la frase de un sermón del P. Huvelin, referida a Jesús. "Vos escogisteis de tal manera el último lugar que nadie jamás pudo arrebatároslo". Durante toda su vida tendrá Carlos, como punto de referencia estas palabras que le hicieron ver a Jesús como el pobre, como el último de los pobres. El segundo hecho sucedió en la abadía de Fontgombault, a donde había ido con su prima. Según una confidencia de ésta, "había un hermano lego con un hábito tan sucio y remendado, que esta pobreza le sedujo". Este recuerdo le ayudará en su afán de ir hasta lo extremo, en la marcha en busca del último lugar. El tercer hecho fue la peregrinación a Tierra Santa. Fue el más importante y durante él Carlos descubre claramente su vocación.

* * *

Carlos de Foucauld quiere seguir, por encima de todo, este mensaje de Jesús: "Tu regla: seguirme. Hacer lo que yo haría. En toda acción y en todo momento pregúntate: ¿Qué hubiera hecho Jesús? Y hazlo. Es tu única regla, es tu regla absoluta". Por eso al buscar una Orden, donde entrar, hace este comentario: "Todos sabemos que el primer efecto del amor es la imitación. Tenía pues que entrar en la Orden en que hablara la más exacta imitación de Jesús". En otro momento dice: "Yo no puedo soportar llevar una vida diferente a la de Jesús, una vida suave y honrada, cuando la suya fue la más dura y desdeñada que jamás existiera. No quiero atravesar la vida en primera, cuando aquél a quien amo la atravesó en tercera clase".

Imitar a Jesús es conformarse y asemejarse a El. "Yo no puedo concebir el amor sin una necesidad, sin una imperiosa necesidad de conformidad, de semejanza... Bajó con ellos y vino a Nazaret. En toda su vida Jesús no hizo otra cosa que bajar: bajar en la Encarnación, bajar haciéndose criatura, bajar obedeciendo, bajar haciéndose pobre, abandonado, desterrado, perseguido, ejecutado, poniéndose siempre en el último lugar". Con referencia a esta cita, recuerdo una entrevista con un hermanito de Foucauld. Al comentar con él nuestra obligación de rebajarnos como Jesús, contestó: Ponernos al nivel de los más humildes, no es rebajarnos, es ponernos en el lugar que nos pertenece.

Bien pertrechado por estas convicciones, y para ponerlas en práctica, marcha a la Trapa, acompañado siempre por el afecto de su prima y por los consejos del P. Huvelin. Después de breve tiempo en una trapa francesa, es trasladado a Siria, porque desea vivir una vida pobre con Cristo, en la Trapa más pobre y solitaria de Asia Menor. Renuncia a su propio nombre y se llamará María-Abberico.

Dos hechos suscitan en él una cierta inquietud. Sus superiores querían que estudiase para ser sacerdote. Pero él quería más anonadamiento y nada que sonase a distinción. En otra ocasión va a una aldea cercana a velar el cadáver de un obrero árabe católico, y descubre una pobreza mayor que en la Trapa. Ya no se encontraba bien allí y marcha en busca de una mayor austeridad.

Parte para Nazaret. Su anhelo es vivir la vida oculta de Jesús, seguir sus pasos al pie de la letra, hasta en la misma geografía. Le aceptan como sacristán y recadero las monjas clarisas. El que fue vizconde, apuesto oficial y glorioso explorador, se contenta ahora con un mendrugo de pan y una pobre celda para rezar. El dato es tan valioso y significativo que algunos peregrinos, al visitar Nazaret, no hemos dudado en acudir a aquel lugar para rezar también allí. Allí empieza a planear, en contacto epistolar con el P. Huvelin, la fundación de una Congregación de Hermanos para vivir esta vida de seguimiento literal de Jesús. Empieza a llamarse Carlos de Jesús. Acepta, por obediencia, prepararse para el sacerdocio. Estudia en la Universidad Gregoriana de Roma. Marcha luego a Francia, pero sólo está el tiempo preciso para ser ordenado sacerdote en 1901.

* * *

Siente la llamada intenable del desierto. Rompe todas las amarras y va a sembrarse, a enterrarse en el Sahara. Ya no saldrá de allí. Construye la primera

Fraternidad en Beni Abbes, donde pasa varios años. Después marcha más al sur, a la región de El Hoggar, habitada por los tuaregs, raza nómada, difícil y levantisca. A todos se los va ganando poco a poco, con su bondad, su sencillez y su generosidad. Tenía tanta hambre de oración, de silencio y de soledad, como de atender y de servir a los demás.

“Todo lo que no es la simple adoración del Amado, lo veo de tal modo igual a cero, que se me caen las manos apenas dejo el pie del sagrario... La hora mejor empleada en nuestra vida es aquella en que amamos más a Jesús... Pero Carlos se da cuenta del doble ritmo, la doble atención en que debe desenvolverse su vida. Recuerda las palabras de su director: “El sacerdote debe subir a Dios y luego bajar. Nuestro Señor se ofrece en el ofertorio, se inmola en la Consagración, y luego, en la comunión se da todo entero. Todo a Dios, primeramente, y luego, todo también a los hombres. Estas dos cosas son correlativas para el sacerdote”.

No le importan los contratiempos. “Los obstáculos son la señal de que la cosa agrada a Dios, Dios se sirve de los vientos contrarios para conducirnos al puerto”. Ni le preocupa el porvenir... “Me tengo prohibido pensar en el porvenir. Dios está hoy con nosotros. ¿No tenemos bastante con eso?”. El mismo día de su muerte escribió a su prima María: “Nuestro aniquilamiento es el medio más poderoso que tenemos para unirnos con Jesús y hacer bien a las almas. Es lo que San Juan de la Cruz repite casi en cada línea”, afirma Carlos de Jesús, asiduo meditador de las obras del Doctor Místico. Pero no se trata de escoger la cruz que nos gusta. “Por las cruces que Jesús nos envía, mejor que por las mortificaciones de nuestra elección, beberemos el cáliz del Esposo y seremos bautizados con su bautismo, pues El sabe crucificarnos mucho mejor que nosotros”.

La Misa es el centro de su vida y los que asisten se sienten impresionados. “Jamás he visto decir la Misa como la decía el Padre Foucauld, dice un testigo presencial. Me creía en la Tebaida. Es una de las mayores impresiones de mi vida”. En un sentido estricto, podíamos decir que su “apostolado” no pasaba de ahí. El no había ido al desierto a predicar. Su misión consistía en vivir el Evangelio de la entrega y del amor. Ser testigo. Nada más. Vivir a Cristo es la manera suprema de hablar de El. Hay demasiados apóstoles para hablar de El, pocos para vivirlo.

“Mañana hará diez años que digo Misa en Tamanrasset y ni una conversión”, escribirá un año antes de morir. Pero no se desanima. Como aprendió de su prima y de su director, él sólo trata de convencer con el silencio, el amor y la generosidad. Su misión es propiamente pre-misión. Preparar los caminos. Ser “el hermano universal”. Sembrar, desbrozar. Vivir el misterio de la vida oculta de Jesús en Nazaret. La cosecha es de Dios. Y el éxito, seguro. Pues, “Jesús es el Señor de lo imposible”.

“Cristo sigue viviendo el misterio de Nazaret. Por sus discípulos salva invisiblemente y se manifiesta en silencio. La presencia de Cristo en la Eucaristía santifica silenciosamente a estos pueblos del Islam. Los misioneros los santifican llevando la Eucaristía. Así la Virgen santificó a Juan Bautista y la casa de Isabel, simplemente llevando a Jesús, al que tenía en sus entrañas”. Por eso la fiesta de la Visitación será la fiesta de las Fraternidades, como

expresa el P. Peyriguère, uno de los misioneros que más ejemplarmente han seguido las huellas del Padre Foucauld.

* * *

Fray Carlos de Jesús intuía que se acercaba el fin. "Verme envejecer y bajar la cuesta me es una alegría perfecta. Es el comienzo de esta disolución que es buena para nosotros. Pero yo quisiera que la voluntad se uniera tanto más al Esposo, cuando más se acerca la hora en que se dará el grito: Exite obviam ei: salid a su encuentro".

Al final todo se precipitó. Una guerra en el desierto. Una banda incontralada se acerca a Tamanrasset. El P. Foucauld se entrega sin resistencia. Un momento de confusión, y uno de los que le rodeaban hizo fuego sobre su cabeza. El Padre no exhaló ni un grito. Un río de sangre fluía sobre las arenas del desierto... Murió silenciosamente, humildemente, como había vivido. No podía morir de otra manera quien quiso imitar en todo a Jesús de Nazaret.

Había vivido, a partir de su conversión, treinta años de vida oculta. Era el 1 de diciembre, primer viernes de mes, de 1916. Y todas las gentes del desierto lloraron al santo *morabito*, su amigo y hermano.

Después de su muerte, se encontró su pobre custodia, con la Hostia en la arena. Era una imagen exacta de la vida y la muerte del P. Foucauld. Como la Hostia, como Jesús, Fray Carlos quedó sepultado como el grano de trigo en la tierra. Moría solo. Sus deseos de encontrar seguidores parecían haber fracasado. Pero aquella semilla germinaría. Hombres y mujeres intrépidos seguirían luego arduosamente sus huellas. Y todos somos llamados a rezar su plegaria, que no se puede ciertamente pronunciar a la ligera:

P A D R E,
ME PONGO EN TUS MANOS
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea,
te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal que tu voluntad
se cumpla en mí
y en todas tus criaturas,
no deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma,
te la doy
con todo el amor de que soy capaz,
porque te amo
y necesito darme,
ponerme en tus manos
sin medida,
con una infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.

UN CRISTIANO COHERENTE

“Dios ha dicho: Creced y multiplicaos y llenad la tierra (Gen 1,22). Pero Dios no dijo a los hombres que crecieran sólo *horizontalmente*: comer, dormir, trabajar y tener hijos. Dios comprendió que los hombres debían crecer también *verticalmente*. Que debían elevarse hasta lo más alto posible. Unicamente los animales y las plantas crecen y se multiplican horizontalmente. El hombre posee la dignidad. Y la primera condición para poseer la dignidad humana es vivir en la dignidad” (Gheorghiu). José Gregorio fue un hombre íntegro que poseía la dignidad. La dignidad y la coherencia. Vivió a la perfección el doble mandamiento de Dios. Creció horizontalmente y se entregó sin reservas a sus tareas humanas. Creció verticalmente y puso siempre su mira en los valores supremos del espíritu. Sabía que la fuente de todo estaba en Dios, y allí acudía siempre a beber con gozo (Is 12,3), en los momentos de obscuridad. Bien podía decir con San Juan de la Cruz:

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!

* * *

Venezuela puede con toda razón vanagloriarse de haber sido la cuna del Dr. José Gregorio Hernández Cisneros, uno de los hijos más preclaros y egregios de su historia.

José Gregorio nació el 24 de octubre de 1864 en el municipio de Isnotú, Distrito de Betijoque, del Estado Trujillo. Fueron sus padres Benigno Hernández Manzaneda y Josefa Antonio Cisneros Mansilla. Ambos descendían de la antigua nobleza española, y Josefa Antonia concretamente, del gran Cardenal Cisneros. Formaban un matrimonio ejemplar. Eran cristianos militantes, que no se avergonzaban de su fe. Vivían en Pedraza. Pero diversas peripecias les obligaron a abandonar su ciudad y pasar al Estado Trujillo. Allí contrajeron matrimonio en 1862 y dos años más tarde nació José Gregorio.

José Gregorio quedó huérfano de madre a los ocho años. Su padre contrajo segundas nupcias, y José Gregorio, al morir su hermana primogénita, quedó como hermano mayor de numerosos hermanos.

¿Pudo esto influir, el inesperado y excesivo sentimiento de responsabilidad que asumió, y su temprana orfandad, para hacerle madurar rápidamente, para acelerar un primer descubrimiento de Dios en su vida? Podríamos colocar

aquí su primer encuentro consciente con Dios, del que el reflexivo joven sacaría importantes consecuencias que marcarían el *rumbo de su vida*.

• • •

La muerte de su madre le produjo un impacto imborrable. “La muerte de la madre, dice Guitton, alcanza a los hijos en la región más íntima, porque la madre los ha llevado largamente, han salido de sus entrañas, de ese despojo que ahora se disponen a enterrar. Cuando muere nuestra madre, algo de nosotros mismos se sume en las cenizas y en la eternidad”.

Su madre vivió y murió como una santa. Su recuerdo, en tan pocos años, imprimió en él una huella indeleble. Siempre la recordaría con cariño. Siempre conservó para ella una estima incomparable: “Mi madre, que me amaba, desde la cuna me enseñó la virtud. Me crió en la conciencia de Dios y me puso por guía la santa caridad”.

En cierta ocasión, José Gregorio abría el corazón a la expansión recordando a su madre: “Los consejos, el cariño que una madre transmite a sus hijos desde niños son asimilados como la leche de sus pechos. Podrán los hijos sufrir avatares en la vida. Por muy pervertido que uno haya llegado a ser, en un momento determinado recuerda la memoria de su madre, sus enseñanzas, y torna nuevamente al buen camino”. Todos recordamos y magnificamos con cariño los gestos sencillos de nuestra madre, que en su debido tiempo no supimos comprender.

Vienen aquí a la memoria las ardientes palabras con las que Juan Pablo II, a principios de 1979, proclamaba la sublime dignidad de la maternidad y los ineludibles y excelsos derechos que comporta. “La familia humana —añadía el Papa en otra ocasión, elevando la escala— adquiere su comienzo por la voluntad del Padre, pero siempre es concebida en el corazón de la Madre”. También Juan Pablo I, en su breve Pontificado, y dejándose llevar de esas razones del corazón de que habla Pascal, utilizó la delicada y poco usual expresión de llamar a Dios no solamente Padre, sino también Madre.

Su padre era un hombre de nobles sentimientos, honrado y trabajador, constante y tesorero. Mucho influyó también en José Gregorio.

El hogar familiar fue, pues, para él la primera escuela de virtud. Desde muy niño acudía con devoción a rezar ante la Virgen del Rosario, patrona de Isnotú. Poco a poco su virtud fue creciendo hasta llegar a la madurez. Es frecuente en los hombres de ciencia quedarse en un raquitismo espiritual. No fue así en José Gregorio. “La cultura espiritual, solía decir, es más necesaria aún que la intelectual. Todo hombre puede vivir sin conocimientos humanos, pero es muy posible que le desaliente la vida si carece de los rudimentos que le explican las razones de su existencia”.

* * *

Viendo en él su padre aptitudes para el estudio, lo envió a Caracas para una mejor formación. Terminado el bachillerato en el Colegio Villegas, siguió trabajando en él para costearse los estudios en la Universidad.



Deseaba estudiar Derecho, para mejor defender a los desheredados. Pero este mismo criterio servía para la Medicina, a la que por fin se dedicó, por insinuación de su padre.

Desde los primeros momentos supo ganarse a alumnos y profesores, y demostrar con el buen ejemplo de su vida que la fe y la piedad bien entendidas no solamente no eran obstáculo para el desarrollo de su personalidad, sino al contrario, fuente de estímulo y acicate de superación. Todos se acercaban a él porque sabían por experiencia que salían reconfortados.

Se podrían multiplicar los testimonios que lo presentan como buen amigo y compañero, atento y piadoso, recio y varonil, y como un buen partido para las jóvenes compañeras. Muy amigo del estudio y gran virtuoso del piano.

La Universidad estaba cuajada de problemas. Era época de crisis y reestructuración. No era mejor la suerte de la religión. Los profesores estaban inficionados del enciclopedismo francés, ateo y anticlerical, que barría como un incontenible vendaval las débiles ideas religiosas de los alumnos. Pero José Gregorio estaba bien preparado. Había hecho vida en la práctica de su fe. Sabía armonizar la ciencia con la fe. Por eso no le hizo daño la Universidad. Más bien le fortaleció. Y fue su fortaleza y seguridad la que, por carambola, hizo a muchos dudar de la que habían llegado a creer "infalibilidad de la ciencia".

En el tercer año de Universidad sufrió un tifus muy grave y estuvo a punto de morir. A todos sorprendió con su actitud serena y cristiana ante el dolor, sólo explicable por la fortaleza de su fe. Fue un nuevo llamamiento de Dios. Su vida cristiana, su responsabilidad humana avanzó en profundidad. Su amistad con Santos Dominici y con el P. Castro, futuro arzobispo de Caracas, fueron ayudas fecundas también.

* * *

No tenía simpatía por Francia, que había introducido el enciclopedismo en Venezuela. Pero por sus muchas cualidades y excelente preparación, aceptó ser enviado por el Gobierno a París en 1881, para ampliar estudios. Los resultados fueron excelentes. Mientras sus compañeros aplicaban muchas energías a las frivolidades del París nocturno, José Gregorio se concentraba en el estudio, como medio para un mejor servicio profesional.

Una noche le tendieron una trampa. Le invitaron a una reunión y le hicieron coincidir con una de las prostitutas más famosas de París. Habló con ella sin complejos, con respeto, con normalidad. Y el resultado —y sorpresa de sus compañeros— fue el arrepentimiento de la prostituta.

Cumplió en París a conciencia su misión. Volvió a Venezuela en 1891 y, como fruto de su preparación, fundó varias cátedras y laboratorios en la Universidad, que desempeñó y rigió con solvencia, hasta la víspera de su muerte.

* * *

Ante el obvio interrogante que todo hombre se propone sobre cuál ha de ser el rumbo de su vida, José Gregorio había pensado también en el sacerdocio. El sacerdocio le atraía fuertemente. La libertad de movimientos que le ofrecería, lo veía él como la situación más conveniente para entregarse a Dios y a

los hermanos. "Yo me haría sacerdote, decía a unos amigos, si no me sintiera tan indigno de esc favor divino. El sacerdocio es lo más grande que existe sobre la tierra".

Pensó también entrar en La Cartuja. Y así lo realizó en 1908, interrumpiendo, con gran sorpresa de todo Caracas, sus tareas profesionales. Ante la inseguridad de la situación política en España, se dirigió a La Cartuja de La Farnetta, en Italia. Allí pasó diez meses de fecundo silencio con el nombre de Fray Marcelo. Quebrantada su salud y por dificultades de adaptación, hubo de volver a Caracas, con la idea de tornar a la Cartuja, pero ya no volvió.

Vuelto de La Cartuja, el sacerdocio seguía siendo su anhelo más profundo. Pasó algún tiempo interno en el Seminario. Pero pronto se dio cuenta el arzobispo, Monseñor Castro, y otros amigos suyos, que su puesto estaba en la calle. Le necesitaban los enfermos, los estudiantes, la Universidad, la sociedad de Caracas. No sobraban los caballeros ejemplares como para desperdiciarlos.

Al Dr. Hernández le costó trabajo aceptar los hechos, pero se sometió confiado, y reemprendió sus tareas asistenciales, docentes e investigadoras. Por otra parte, su fe era dinámica y comunicativa, y en todo momento se notaba su influencia.

No obstante, no dejaba de rondarle tenazmente su aspiración al sacerdocio. Aún hizo una nueva tentativa. Volvió al Seminario en 1913, esta vez al Pío-Latinoamericano de Roma. Se dice que a la tercera va la vencida. Pero de nuevo falló el intento. Nuevas dificultades y su delicada salud fueron los obstáculos que el Señor interpuso en su camino.

Y volvió de nuevo a sus luchas. A sus encuentros con los jóvenes y los profesores. A sus enfermos y a los pobres de los barrios de Caracas. A ejercer la medicina, esa noble profesión cuasacerdotal, que cura los cuerpos y puede aliviar también tanto las almas. "Nos daba remedios para el cuerpo, dice una viejecita, pero también nos llegaba al alma. No era un profesional de esos que le miran a uno y secamente le dicen que compre esto o aquello, o que guarde cama unos cuantos días. El era un amigo y su sonrisa invitaba a vivir y sanar". Sí, noble profesión la medicina, pero tantas veces queda profanada por tarifas desorbitadas que la convierten en algo meramente lucrativo, y por la poca atención, y las prisas con que muchas veces se *desatiende* a los más pobres y necesitados. El Dr. Hernández tenía sus horas de consulta gratis y atendía por igual a pobres que a ricos. A los pobres incluso les proporcionaba los medios para comprar las medicinas. Por eso era tan solicitado. Y la Compañía de Teléfonos le asignó el número uno.

Finalmente se había aclarado su vocación. Dios le quería en la calle: Proclamar la fe cristiana en sus tareas profesionales, ejemplarmente desempeñadas. Su vocación sería el servicio inmediato al prójimo. Su *camino* estaba ya *definitivamente marcado*. Por él *marcharía hasta el fin* de sus días. Su *vocación* sería "el hombre", todo hombre, todo el hombre.

Bien concordaba esta vocación con las palabras de Juan Pablo II, dirigidas a todos los hombres de buena voluntad el día de Navidad de 1978: "Por Dios y ante Dios, el hombre es único e irrepetible, alguien eternamente ideado y eternamente elegido, alguien llamado y denominado por su propio nombre".

* * *

¿Podrá alguien decir, a la vista de estas peripecias, que no hay heroísmos en la vida del Dr. Hernández? Vivió responsablemente como hombre y como cristiano, buscando en todo la voluntad de Dios. Como profesional, rechazaba todo aquilosamiento, estaba al tanto de todos los adelantos y renovó totalmente las investigaciones médicas en Venezuela, hasta formar una verdadera escuela, una pléyade de aventajados discípulos. Como cristiano, filtraba todo nuevo pensamiento por el Evangelio, pero no para empequeñecerlo, sino para iluminarlo y purificarlo de perezosas y seculares adherencias.

El Dr. Hernández fue un acabado dechado de virtudes. Su acendrado amor al prójimo empezaba por practicarlo con los de su familia. Huérfano de madre a los ocho años, y muerto su padre cuando perfeccionaba sus estudios en París, actuó como un segundo padre de sus numerosos hermanos, incluso de los del segundo matrimonio de su padre. Quizá esta preocupación, y su aspiración al sacerdocio, fueron retrasando la ocasión de su propio matrimonio. Quizá Dios lo permitió así para que pudiese rendir al máximo en sus tareas profesionales.

Amó a su patria con toda su alma. Bien lo probó con sus obras. Con su ejemplo de abnegación y de trabajo, con el aprecio de las glorias nacionales, con su entrega para elevar el nivel de sus compatriotas, con su estímulo para despertar en los jóvenes las más nobles aspiraciones. "Ojalá el pueblo de Venezuela, decía el estudiante Mancini, llegue a conocerlo en todas sus dimensiones y le sirva también de estímulo para hacer una patria mejor". Este amor profundo a su patria no le impedía abrir su corazón al mundo entero. Se mostraba agradecido para sus antepasados hispanos. Y vivía como suyo el lema que luego acuñaría Pablo VI: "Todo hombre es mi hermano".

Cultivó firmemente la amistad. Con hombres y mujeres. Amistad generosa y fecunda. Siempre fue un amigo fiel. Ya hemos nombrado a sus grandes amigos Castro y Dominici. "Era difícil, afirma Sales Pérez, conocerle y no estimarle. Atraía como una fuerza oculta. El día de su muerte se demostró cuántos le guardaban gratitud y le lloraban como al mejor de los amigos". También se permitía aconsejarles. "Hay que mirar un poco más arriba. Demasiado otear el horizonte trae mareos. Las nubes, en cambio, representan la serenidad", decía al Dr. Razetti.

• • •

Se sentía miembro activo de la Iglesia. Practicaba en su vida seglar los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. Sabía armonizar su vida profesional con su fe cristiana. "Probó, según dice el Cardenal Quintero, a los jóvenes que le rodeaban que se puede a la vez ser hombre de ciencia y hombre de fe, hombre moderno y hombre creyente, e infundió en sus inteligencias una duda saludable sobre aquellas teorías materialistas que otros profesores pretendían hacer pasar como última y definitiva palabra de sabiduría". Fue un cristiano coherente. No había dicotomía en su vida.

Era un hombre de fe profunda. Por eso respetaba tanto al hombre. Por eso descubría la huella de Dios en todas partes. Innumerables testimonios hablan de los alientos que de él recibieron en horas de desconsuelo. Era un profesor exigente y no admitía chantajes a la hora de rendir cuentas los alumnos. Sabía

hacer de su trabajo una oración, una ofrenda a Dios, y por eso le gustaba el trabajo bien hecho.

José Gregorio era un cristiano ejemplar. Vivía su fe. Conocía su religión porque la estudiaba con interés. Estaba, además, atento a los últimos adelantos de su profesión. Por eso dice un joven venezolano: "José Gregorio debería ser para todos, no un remedio tabú contra nuestros males (acudimos a él sólo cuando nos vemos en apuros). Su misión en nuestra patria es la de servir de modelo a tantos prohombres irresponsables y a tantos cristianos mentirosos y flojos".

No fue santo desde el vientre de su madre. Sólo correspondiendo generosamente a la gracia divina y luchando contra sus propios defectos, pudo llegar a tan alto grado de perfección. "Los santos no cayeron del cielo. Han luchado tanto o más que nosotros. No nacieron santos. Se hicieron santos con su esfuerzo y con la gracia de Dios".

Era un fiel hijo de la Iglesia y sabía que Dios llama a todos, indistintamente, a la santidad. "Todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la Jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la Santidad" (Constitución sobre la Iglesia). Sabía que debía poner en rendimiento todos los talentos que Dios le había regalado. Desde los lugares más encumbrados, como en las tareas más sencillas, se sentía solidario de todos. "No sabemos si estamos destinados a ser un río caudaloso, o si hemos de parecernos a la gota de rocío que envía Dios en el desierto a la planta desconocida. Pero, más brillante o más humilde, nuestra obligación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos" (Venerable Manuel Domingo y Sol).

Era un hombre sencillo. No se daba importancia. A una anciana, que le mostraba su admiración por su espíritu de sacrificio, le respondió: "Es muy poco lo que hago. Además, usted puede hacerlo tan bien como yo. Dios es igual para todos. Hay que responderle con generosidad. Cuando uno se acerca a El, El también se arrima a uno. De ese modo las cruces y afanes de la vida se convierten en medios de santificación".

Tenía una fe ilustrada por el estudio y la oración. Acudía sobre todo a las fuentes principales: Palabra de Dios, sacramentos, magisterio de la Iglesia. "Es indudable, decía de él Mons. Navarro, que el Dr. Hernández aspiraba a una santidad eminente por el cultivo exquisito de su interior, y los ejercicios más austeros de la perfección cristiana". Y luego sacaba las consecuencias adecuadas en sus tareas cotidianas.

Para ayudarse en su compromiso cristiano, se hizo miembro de la Orden Tercera de San Francisco en la iglesia de Las Mercedes. Simpatizaba íntimamente con el espíritu de San Francisco de Asís, con su sencillez, austeridad y caridad con todos. Por eso hablaba con tanta espontaneidad de la "hermana muerte", como algo que le llevaría al encuentro definitivo con el Señor.

* * *

Y así sucedió de manera humanamente imprevista, pero prevista en los planes de la providencia divina.

Al cruzar una calle, por delante de un tranvía parado, no vio un automóvil que corría en la misma dirección, y le atropelló violentamente. Rápidamente le

trasladaron al Hospital Vargas, pero al llegar era ya cadáver. Aún le administraron los últimos sacramentos. Era el 24 de junio de 1919. Tenía José Gregorio 55 años.

La noticia corrió como la pólvora por toda Caracas. Hubo duelo general, con participación activa del Gobierno y de la Universidad. Pero más que nadie le lloraron los pobres que tanto le debían. Un desfile interminable pasó a rezar ante sus restos. El arzobispo de Caracas, Mons. Felipe Rincón González, celebró la Misa de cuerpo presente. La ciudad entera quedó paralizada, en huelga pacífica, como un plebiscito de dolor y de agradecimiento. Los cines y espectáculos cerraron voluntariamente. "No ha habido en Caracas, reconoce el P. Gema, ninguna manifestación en la que tan espontáneamente se haya desbordado el público de entusiasmo, fervor y lágrimas, como en el entierro del Dr. Hernández".

* * *

Había muerto un hombre de cuerpo entero. En medio de la apatía general, había aparecido un profesional responsable y un cristiano ejemplar. Y el pueblo, que siempre ha tenido buen olfato para distinguir el trigo de la paja, empezó a profesarle una gran devoción. Devoción que pronto pasó a Colombia y a otras naciones hermanas.

Es verdad que ha habido *aprovechados* que se sirven de esta devoción para sus negocios lucrativos. Es verdad que ha habido errores, exageraciones, a propósito de José Gregorio. Es verdad que no hay que confundirlo con objetos de brujería y espiritismo, ni con una varita mágica que resuelva nuestra pereza e ignorancia. Es verdad que hay que desenmascarar a los que mezclan fe con superstición, y confunden la figura del Dr. Hernández con las del "Negro Felipe, la India María, con sus senos al aire, Guaicaipuro y la Negra Matea".

Hay que educar a sus devotos y admiradores para que imiten a José Gregorio en sus criterios cristianos, en su fe práctica, en su amor al prójimo y en su honradez profesional. No basta con colocar su estampa a la entrada de la casa o sobre la cabecera de la cama, y creerse que ya está todo hecho. José Gregorio no es un brujo todopoderoso, es un hombre de Dios. Un hombre que trazó un camino, marcó una huella, y sólo siguiendo sus pasos podremos ser sus devotos.

* * *

Se ha polemizado sobre la santidad del Dr. Hernández. Algunos, como Avedaño, atribuyen esta fama de santidad al fanatismo de la gente, a la manipulación de sus amigos. Según estas críticas, no habría hecho nada extraordinario en su vida.

Simplemente, podríamos contestarles, cumplir exactamente su deber, con una "tensión continua a la perfección", de la que habla Chiara Lubich. Pero esto es precisamente la santidad.

Vivía lo que creía, dicen las gentes entre las que se hizo una encuesta. Edificaba verle en la iglesia, en coloquio con Dios: "Su ejemplo, dice el anciano profesor Pedro Torres, ha servido mucho más para fortalecer mi fe que

otros muchos estudios y circunstancias de la vida". Un joven universitario dice rotundamente: "Fue un médico responsable, sin honorarios injustos y sin distinción de pacientes, sin dejar nunca de estudiar. Si todos fuésemos así, la vida no sería un asco" (Mario Rodríguez). Juicio muy encomiable si se tiene en cuenta la opinión de otro encuestado: "Ya se sabe que a los médicos buenos hay que buscarles debajo de las piedras". Daba, como pocos, en el blanco, el deseo expresado por el Dr. Federico Vázquez: "Lo único que le pido, como venezolano y como médico que cree en Dios, es que me enseñe a ser más respetuoso con el que sufre, más estudioso en mi profesión y más convencido de mi fe".

* * *

Los testimonios de veneración hacia el Dr. Hernández y de admiración de sus virtudes podrían multiplicarse indefinidamente.

"Es el personaje número uno de Venezuela, junto con Bolívar, no tanto por lo que enseñó como por lo que fue. Dios inundaba su corazón: no pudo menos de ser alegre, fiel y consecuente" (Dr. Navas Velda). "Su vida fue como una onda luminosa" (Dr. Vélez). "La última razón que le movió a adquirir tal cúmulo de conocimiento: la caridad" (Cardenal Quintero). "No hubo dolor sobre el cual no pusiera un ósculo de paz" (Jiménez Rivero). "En pos del féretro del Dr. Hernández todos experimentábamos el deseo de ser buenos" (Rómulos Gallegos). "Justicia y caridad, fe y tolerancia, servicio a la comunidad y amor inagotable", es lo que en él admiró el Dr. Caldera.

"Jamás alcancé a descubrir los secretos de aquella ecuanimidad imperturbable" (Dr. Rísquez). "Era un hombre completo y un cristiano auténtico, de los pocos que uno ve en la vida" (Dr. Ramírez). "Con el evangelio en la mano, supo ser hombre honrado, justo, ecuaníme, amigo sincero, profesional entregado, profesor a la medida de sus alumnos... eso es ser buen cristiano, me parece" (Dr. Meléndez). "La vida de José Gregorio Hernández es la intensa búsqueda de un hombre de fe que quiere, ayudado por la gracia, seguir muy de cerca el ejemplo y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo" (Monseñor José Alí Lebrún, arzobispo de Caracas).

Muchos se beneficiaron, como ya se ha indicado, de su contribución a derribar ese concepto de la intocable seguridad de la ciencia, que había emborrachado a tantos. Hoy, los científicos más serios se han dado cuenta de la precariedad de esas seguridades. Saint-John Perse, Nobel de Literatura, recuerda a los científicos que hablan de la relatividad, la indeterminación, la incertidumbre y los límites de las ciencias, hasta invocar la intuición en auxilio de la razón. "Es, insiste, la quiebra del positivismo y de la certidumbre física. El sabio se ha hecho humilde. Es el ciego de nacimiento ante el misterio de la noche original".

Y por eso muchos se cansan de apoyarse en dimensiones meramente horizontales, o simplemente humanas, que no dan sentido suficiente a la vida. Se necesitan figuras luminosas como José Gregorio, que supo armonizar su vida e integrar su ciencia en la fidelidad a Cristo. A Cristo, que es Camino seguro, Verdad plena y Vida perdurable (Jn 14,6). José Gregorio había entendido bien el comentario de San Bernardo a este texto de San Juan:

“El que quiera seguirme, venga en pos de mí, por mí, a mí. En pos de mí, porque soy la Verdad. Por mí, porque soy el Camino. A mí, porque soy la Vida”. Manuel Machado, por su parte, termina así un soneto:

¡Dame, Señor, la mano, que soy ciego!
Ponme en la senda donde pueda hallarte:
¡Mi Vida, mi Verdad y mi Camino!

* * *

Este año de 1979 hace 60 años de la muerte de José Gregorio. Si la Iglesia canonizara a los santos ahora por aclamación popular, ya le veneraríamos como santo. De momento, todo venezolano —y todo el que tiene referencias de su vida— le venera ya en su corazón. Sería difícil encontrar un hogar donde no fuera conocido y estimado, y en el más humilde rancho se encuentra su retrato. Su devoción ha ido creciendo desde el día de su muerte, agrandándose como una oleada incontenible.

Muchos hablan de beneficios conseguidos por intercesión de José Gregorio. Puede intervenir en algún caso la fantasía. Pero también puede Dios conceder gracias por mediación de sus hijos ejemplares. ¿Han sido esos beneficios verdaderos milagros? Sobre eso tiene la Iglesia la última palabra. Deseamos que sea afirmativa. Y esperamos, en un día no lejano, venerar a José Gregorio en los altares. Sería ese día una gloriosa efemérides en los anales de Venezuela.

LA MAGDALENA DEL SIGLO XX

“No se puede fijar la atención en todo y en todas partes, decía el pintor Rafael Fraga a Panselín. No podía buscar otras cosas en los periódicos, aunque figurase en primera página. Miraba únicamente las cosas relacionadas con la belleza, porque cuanto se relaciona con ella pertenece al Cielo. Para pintar el Cielo hace falta disciplina, disciplina incluso para alimentarse. Si tengo que pintar un ángel y como carne por la noche, al día siguiente me es imposible pintarlo. Por el contrario, si como fruta o permanezco en ayunas, el icono que pinte al día siguiente será hermoso, diáfano...” (Gheorghiu). También la famosa estrella Eva Levallière se dio cuenta, por fin, que cuanto se relacionaba con la auténtica belleza pertenecía al Cielo. Comprendió que debía renunciar a sus frivolidades, fijar la atención en lo esencial y caminar tras la búsqueda de la verdadera belleza.

* * *

La *llamada tumbativa* del Señor, o mejor dicho, la respuesta valiente de Eva Levallière, no sucedió hasta sus 51 años de edad. Había habido anteriormente algunas veleidades de acercamiento a la religión, pero muy breves y superficiales. El verdadero *punto sin retorno* tuvo lugar en el verano de 1917.

Había muerto en el hospital un amigo suyo, que fue para ello como un *aldabonazo* de Dios. Había trabado por entonces una gran amistad con una joven belga, Leonilda, a la que amistosamente llamaba Leo. Para rehacerse del golpe del amigo muerto, y recuperarse del vacío que sus continuos éxitos en el teatro creaban en su interior, alquilan juntas un castillo deshabitado para pasar aquel verano.

La Providencia divina dispuso que el P. Chasteigner, párroco de Chanceaux, fuese el administrador del castillo, encuadrado en los límites de su parroquia. El párroco era rudo de formas, pero era un hombre de Dios y poseía un gran conocimiento de los hombres. La sofisticada Eva empieza sus conversaciones con el párroco, y sus maneras, simples y elementales, poco a poco le van ganando el corazón.

Le presta un libro del P. Lacordaire sobre una gran convertida: *Vida de Santa María Magdalena*. Su lectura la va conmoviendo y derritiendo suavemente. “Vd. puede ser santa también. Entonces será feliz”, decía el párroco a Eva, que iba viendo más claro el vacío de su vida. El párroco le regala un escapulario del Carmen y un catecismo para recordar las oraciones. Visita asilos y hospitales. Consuela y entrega donativos. Un día la calumnian y el párroco le dice: El que nos injuria puede llamarnos locos, pero el que nos adula puede enloquecernos.

Eva quería recuperar la fe. Encuentra la felicidad cuando se encuentra con el Señor. Se ve retratada en la Magdalena. Una visita a una ermita de la

Virgen la conmueve. Reza allí el rosario con Leo, que es ya su fiel amiga inseparable hasta la muerte.

Desea hacer su Segunda Comunión, y Leo, la Primera. El párroco le dice que ha de prepararse más y aprender el catecismo mejor. Le deja el *Año Cristiano* de Groisset. "Como imitó a la Magdalena pecadora, imite a la Magdalena arrepentida a los pies de Cristo". Eva estaba ya en el *camino de Damasco*.

Prepara a fondo la confesión. Piensa en su despotismo y vanidad, en sus tiranías y celos, infidelidades y provocaciones, en sus malos ejemplos, en el abandono de su hija... Todo lo pone a los pies del Crucifijo. Una hora duró su confesión. Una paz inesperada, desconocida, le invade. Lloro a raudales, feliz, como la Magdalena arrepentida. El P. Chasteigner recordará siempre aquel llanto incontenible. La Comunión es el día 19 de junio de 1917. Hacía 39 años que no había comulgado. Una alegría inmensa le desborda, se siente para siempre unida al Señor. No podía imaginar la alegría sobrenatural, limpia, consoladora que ahora embargaba su corazón. Era el *punto y aparte* en el rumbo de su existencia. *Borrón y cuenta nueva* para una nueva vida.

Después de madura reflexión decide renunciar para siempre a lo que había sido el nervio de su vida: el teatro. Renuncia también a la proyectada gira por América. Dado su natural y su pasado, cree que no sabría armonizar el teatro con su nueva vida. "Quiero ofrecerte, Dios mío, dice, más, mucho más de lo que he dado a los hombres". Rompe y quema las cuartillas y folletos de las obras que iba a representar. Con aquellas llamas ve que muere para siempre todo su pasado. Las lágrimas le suben a los ojos. Pero se mantiene firme en su decisión. Luego firma la renuncia de varios contratos pendientes, y se siente libre. La estrella del teatro se oculta. Ahora sólo desearía brillar en la virtud y representar su nuevo papel en *El Gran Teatro del Mundo*.

* * *

La vida de Eva hasta estos momentos había sido sumamente dispersa y desgarrada. Nació en Tolón en 1866. Fue bautizada con el nombre de Eugenia, y era hija de Emilio Fenoglio y Albanie Audonnet.

Su padre tenía mal carácter, era alcohólico y celoso. La niña sufre al ver las terribles escenas que desencadena la cólera paterna.

Se trasladan a Perpignan. Eugenia sobresale en la escuela. Pronto se distingue su viveza fascinadora al representar el papel de Juana de Arco en el colegio. Era una niña prodigio que promete mucho en el teatro. Hace su Primera Comunión a los 12 años. Siguen los conflictos familiares, las iras de su padre. En un momento de locura, Emilio con un revólver mata a su esposa y luego se suicida. Eugenia tenía entonces 18 años de edad.

* * *

Vive algún tiempo con una tía muy huraña, con la que no logra entenderse. Entra en un orfanato. Se encuentra prisionera, no acepta la disciplina del centro. La vista de un modelo en un escaparate desata vivamente su imaginación. Huye una noche del orfanato a casa de su tía. Allí sigue encontrándose a disgusto, y después de una visita al cementerio, a la tumba de su madre, desea tirarse al río Tet, para unirse a su madre para siempre.

Ha abandonado toda práctica religiosa. La estancia en el orfanato y la beatería falsa de su tía le han hecho daño. Se escapa de casa de su tía y trabaja de modista en un taller. Pero lo que le fascina es el teatro. Se representa en Perpignan el Otelo de Shakespeare y ella desempeña con éxito el papel de Desdémona. Esto le despierta con más fuerza el ansia de ser artista, por lo que abandona la modistería. Se dirige a Marsella a casa de su abuelo materno, en busca de comprensión, cobijo y ayuda. Pero su abuelo, puritano e inflexible, no la quiere recibir...

Es de noche. Se sienta en un banco público y, desesperada, piensa en el suicidio. El coche de un marqués la recoge. En tales circunstancias de abandono Eva se le entrega, y cae en la vorágine del vicio, sin freno alguno, pero, como ella confiesa, sin sentirse feliz. En París acude a clase de ballet y teatro. Entonces, con el deseo de sepultar su triste pasado, decide cambiar de nombre y adopta el nombre artístico de Eva Levallière.

Empieza a trabajar en el Varietés. Las críticas son muy laudatorias. Es la artista de moda. Se enamora de Samuel, el Director nuevo de Varietés. Es ya la estrella mundial y todos quieren ver a la diva cuando pasan por París. Una de las entrevistas que "concede", con algún desplante, es a Alfonso XIII, rey de España.

* * *

Una complicada enfermedad la mantiene algún tiempo en una clínica. La discreción y caridad cristiana de las Hermanas que la atienden hacen huella en su alma. Con ellas recuerda las oraciones de su niñez. El germen de la fe, que dormía, se reaviva un poco. "Cref mi hogar apagado / y removí la ceniza: / me quemé la mano", que dirá Machado. Fue un primer llamamiento, un primer toque del asedio divino.

Pero apenas restablecida, se evaporaron aquellas emociones religiosas y vuelve a la vida licenciosa y frívola. Después de sus grandes triunfos, organiza fiestas con derroches fabulosos y caprichos sin cuento. Con todo, no logra colmar su vacío interior. A veces, como una noche en el Moulin Rouge, cerca de Montmartre, siente sinsabores y rebrotan los sentimientos que despertaron en ella las Hermanas.

Era muy inestable. Pronto sigue sembrando el escándalo en todas partes. Surgen ahora las mutuas infidelidades, suyas y de Samuel, que vivían unidos. Se reconcilian por su hija de cinco años. Para afirmar su unión van a Roma y visitan el Vaticano. La impresión religiosa le dura muy poco. Sigue triunfando en el teatro e imponiendo siempre sus caprichos. Al estallar la guerra en 1914, actúa en París, para los aliados.

Vuelve a sus infidelidades, y Samuel, despechado, muere en 1914. También Eva intenta suicidarse. Se tira al Sena y la saca un obrero. Deja de momento el teatro, pero pronto marcha a Londres, donde vuelve a triunfar. Y a pesar de todo, hay otro intento de suicidio en el Támesis. Y es que Dios la seguía llamando, haciéndole sentir un gran vacío interior. Un rescoldo de devoción a la Virgen le guardaba. El asedio divino se iba cerrando más y más. Hasta que la muerte de un amigo y el verano pasado en el castillo de Chanceaux realizaron en ella la *definitiva conversión*...

Corre rápidamente la noticia. Cada uno la interpreta a su manera. Para muchos es un nuevo ardid de propaganda de Eva, tan aficionada a llamar la atención. "La crítica, decía ya Juvenal, perdona a los cuervos y no deja en paz a las palomas". Tiene una difícil entrevista con su hija, que vive también frívolamente. "No supe ser madre", contesta Eva al "de ti lo aprendí" de su hija. Es ahora su gran sufrimiento. Para romper con todo lo que le recuerda el pasado, realiza una drástica liquidación de muebles y joyas en su palacio de París. A la prensa y a los artistas que acuden al acto estupefactos, les declara: "La Eva artista ya murió. La Eva convertida es la más feliz de las mujeres desde que se entregó a Dios".

Va con su inseparable amiga Leo a Lourdes. Se instalan en una humilde pensión. Se dedica a la piedad y a obras de caridad. Una revista descubre su presencia en Lourdes. Surgen los celos de las pensionistas y se cambian a otro pensionado de Religiosas. Muestra su deseo de entrar en el Carmelo de Avignon o de Lisieux. Se pone en contacto con la Madre Inés de Jesús, Superiora de Lisieux y hermana de Santa Teresita. No se cree conveniente su entrada.

Ha de acudir a París, acusada de espionaje a favor de los alemanes, pero se demuestra que todo era fruto de la envidia y el despecho. La principal cruz se la proporciona la vida escandalosa de su hija, que rompe violentamente con su madre. También los grandes empresarios de la escena la molestan. No creen en su conversión y quieren repescarla para el teatro. Sacha Guitry la visita. Le pide que se retracte y que cumpla su contrato de la gira por América.

Vuelve a Lourdes. Habla con Margarita Lourdos, compañera de Bernardita Soubirous. Cuenta que Bernardita no sabía meditar. "Este también es mi caso, dice, pero me consuelo porque al menos como ella sé amar". Sigue suspirando por el Carmelo. Va profundizando en el conocimiento y en el amor de Dios. Recorre diariamente el Viacrucis, muy despacio, de rodillas, para expiar sus pecados. Acompaña a Leo en el hospital de Pau. Allí ejercita su caridad, como una madre, con una enferma, Lucienne, a la que ayuda a acercarse a Dios. El año 1918 lo resume sugestivamente así: "Amé a Dios cada día más: luego le amo 365 veces más que el año pasado".

* * *

Pasa una temporada en la costa por prescripción médica. Un día sufre una caída por unos peñascos, que pudo ser mortal. Después de leer la vida de Santa Angela de Foligno, otra gran convertida, tira al fuego sus afeites, cremas y maquillajes, y una foto suya de los días de triunfo, y en el mismo marco coloca una imagen de la Santa Faz, que le envía con una dedicatoria la Madre Inés de Jesús, desde el Carmelo de Lisieux. Se encariña con este cuadro, esta nueva Verónica, que quiere reparar sus pecados. Este cuadro lo llevará siempre consigo, y mirando a él morirá.

Entra en contacto ahora con el P. Mateo Crawley, que le orienta hacia la devoción al Corazón de Jesús. Al P. Chasteigner, instrumento de Dios en su conversión, le ha tenido siempre al tanto de las vicisitudes de su alma. Pero

ahora en Lourdes conoce a Monseñor Lemaître, y lo toma por su director espiritual, en aras de una mayor facilidad. Nombrado obispo de Cartago, en Túnez, ofrece ir allí Eva, como misionera-enfermera. Le pide para ello renunciar a su pasado, a lo que parece poco y es lo más difícil: a su nombre artístico. "Redímase, le dice, no como Eva, sino como Eugenia Fenoglio". Acepta, aunque le cuesta mucho. Su verdadero nombre le sonaba como falso ya, de otra persona. "A veces cuesta más cortar hilos sutiles que gruesos cordeles".

Quedaba asociada a la Congregación de Nuestra Señora de Africa. El reconocimiento médico señala que no podrá ir a Africa, pues la caída que sufrió le afectó el riñón y está en peligro su vida. Comunica feliz esta contrariedad a sus amistades, como una llamada inminente de Jesús.

Se traslada continuamente buscando climas mejores, según le ordenan, y esperando órdenes de Monseñor. Visita con Leo, cerca de Marsella, en la montaña, la Santa "Beaume", la cueva donde pasó como penitente los últimos años Santa María Magdalena, "su hermana mayor". Nuevo sufrimiento al visitar a su hija. Se establece una temporada en un chalet, al que llama "Betania", en Thuillières. Intensa vida espiritual y ayuda a la parroquia. Se inscribe en la Tercera Orden de San Francisco. Sufre una continua persecución de curiosos y periodistas, que le mortifica. Le pesa la cruz. Pero se reconforta ante el Crucifijo.

• • •

Recibe la visita de Monseñor Lemaître. Queda aceptada como misionera en Africa. Ha de romper con todo: nombre, hija, correspondencia. Se despide de todos. Llega a Cartago en 1921. Antes de salir para la misión, sufre unas fuertes fiebres palúdicas. Habrá de ser misionera desde el lecho del dolor. Su fiel Leo la cuida. Una vez repuesta, reparte su caridad por todas partes, cura a los niños las fuertes enfermedades de los ojos, recorre las cábilas más pobres del norte de Túnez. Cura los cuerpos y alivia las almas. Quiere abarcarlo todo. Sufre una segunda vez paludismo. En 1923 tiene una tercera recaída. Los médicos la obligan a volver a Francia para reponerse.

Vuelve a su "Betania". Recuperada, parte otra vez para Túnez y trabaja en un preventivo infantil, según los altibajos de su salud. Reza y sufre.

De nuevo ha de embarcar para Europa. Monseñor la consuela, diciéndole que desde allí será la misionera del dolor, la más útil misionera para Africa. En su "Betania", desde la inmovilidad doliente de su cochecito de enferma, seguirá siendo la coadjutora incondicional del P. Guy, el párroco. Sufre feliz en su enfermedad, unida a la cruz del Señor.

Su hija la visita arrepentida. También la visita Monseñor Lemaître que al verla algo restablecida le dice que debe volver a Africa. Eva cree ahora que es voluntad de Dios el quedarse, pues teme que sea muy débil el arrepentimiento de su hija. Monseñor se muestra extrañamente duro: "Pues búsquese otro director". Nuevo sufrimiento de conciencia para Eva.

Va unos días al Tolón de su triste infancia y besa de rodillas la pila bautismal donde fue bautizada. Otra vez en "Betania", su hija decide volver a París. No ha encontrado la fe, le aplasta la soledad. "Mis padres, mi madre,

no supieron educarme”, se desahoga con Leo. Eva sufre, quiere retenerla. Pero su hija se va.

La visita el famoso dramaturgo Robert Flers, autor de las obras que más fama dieron a Eva. Siempre se le mantuvo fiel. En el *Figaro* publicó un noble artículo sobre la entrevista el mismo Robert. Eva intentó sembrar en él semillas de fe, que llegan a inquietarle. Al volver a visitarla un año después, muere de repente al volante. Sus ojos miraban hacia el cielo, como en una oración. Quizá era el fruto de las luces que Eva dejó en él.

* * *

En 1925 se agravaron sus dolores físicos. No menguan tampoco los morales: su hija, calumnias e impertinencias de la prensa... Todo lo sufre por sus pecados, por amor a Jesús.

En Navidad de 1928 todo parece precipitarse. Recibe el Viático y la Unción de los enfermos. Hay una leve recuperación. Se preocupa ahora por el futuro de Leo. El amor ha surgido entre Leo y Anmain, el hijo del jardinero. Eva querría verla casada antes de morir. Como regalo le deja “Betania” y una renta vitalicia. Leo era su verdadera hija. En mayo de 1929 se celebra la boda. Ahora serán dos para cuidarla.

En junio se agrava Eva. Sufre en todo su cuerpo. Todo lo acepta en reparación. Leo se desvive por ella. Reza con ella, le habla, le canta... Escribe por ella al P. Chasteigner.

El 9 de julio empeora y el P. Guy le da la absolución. El 10, hacia las tres de la madrugada, entra en agonía. El P. Guy reza las paces de los agonizantes, mientras Leo la sostiene maternalmente en sus brazos. Eva se reanima un momento, vuelve su vista a la Santa Fáz que le regalara la hermana de Santa Teresita, y aún tiene fuerzas para pronunciar: ¡Jesús, José, María!... Luego, suavemente, desde los brazos de su fiel Leo, volaba su alma al Señor. Tenía 63 años.

* * *

El humilde entierro se celebra en la parroquia, oficiado por dos sacerdotes. Va amortajada de terciaria franciscana, como fue su deseo. Preside el duelo su hija Jeanne, entre Leo y su marido. Todos los admiradores de los días de triunfo estaban ausentes.

Fue sepultada en el cementerio de la aldea.

Su sepulcro quedó presidido por la cruz, con esta inscripción: Eva Lava-llièvre. 10 de julio de 1929. “Tú, que me has creído, ten misericordia de mí”.

Era la oración de Santa Thais, la convertida, que Eva gustaba recitar y había pedido a Leo que inscribiera sobre su sepultura.

Terminamos con una hermosa oración que Eva compuso para los momentos de doloroso insomnio: “Oh María, madre compasiva, que sufriste tanto en la gruta de Belén al oír los gemidos del Niño Jesús, cuando despertaba llorando o no podía dormirse sobre las duras tablas del pesebre, mira con bondad a tus numerosos hijos enfermos, que durante las largas noches de insomnio imploran un poco de descanso. Extiende sobre ellos tu manto y haz que se duerman sobre el corazón de Jesús, como su discípulo amado en la última cena”.

UNA EXISTENCIA TEOLOGICA

"No se puede salvar a un hombre *razonablemente*. Tratándose de amor, fe y caridad no se tiene derecho a ser razonable. Aquel que ama razonablemente no ama realmente. Aquel que cree razonablemente no tiene bastante fe. Y aquel que ayuda a su prójimo con mesura no lo ayuda bastante. La razón es buena en matemáticas, en la diplomacia, en la administración y en todas las pequeñas cosas de la vida. Lo razonable mata todo lo que constituye la grandeza del hombre. No se puede ser sublime, o alcanzar lo sublime, razonablemente" (Gheorghiu). Y como Santa Teresita quería alcanzar lo sublime, tampoco ella tuvo por norma lo razonable, sino el amor sin medida y la locura de la cruz.



Puede parecer inadecuado incluir a Teresa de Lisieux en esta lista de hombres y mujeres ardientes que dieron un día *un paso al frente en su vida*, del que no se arrepintieron jamás. Desde luego no se da en ella un cambio radical, en el sentido de pasar de una vida descarriada a una vida ejemplar. Pero sí que se da lo que ella misma llama "*un paso de gigante*, mi gracia, la noche de *mi conversión*".

Estaba todavía, explica Teresa, "en los pañales de la niñez. Era necesario que Dios obrase un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento, y este milagro lo realizó el día inolvidable de Navidad. En esta noche luminosa, Jesús, el dulce niño de una hora, cambió la noche de mi alma en un torrente de luz. En esta noche, en que él se hace débil y paciente por mi amor, a mí me hizo fuerte y valerosa. Me revistió de sus armas, y desde aquella noche bendita nunca más fui vencida en ningún combate, sino que marché, por el contrario, de victoria en victoria, y comencé, por decirlo así una carrera de gigante (Sal 18,6)".

El motivo es bien sencillo. Al volver de la Misa de medianoche, su padre, por considerarla ya mayor, no se entretiene con ella en la ceremonia infantil de otros años. Sufre una decepción. Pero al punto siente un impulso interior que le fuerza a reaccionar positivamente. "Teresa no era ya la misma, Jesús había cambiado su corazón. Había vuelto a encontrar la fortaleza de su alma, y habría de conservarla ya para siempre. La obra que yo no había conseguido realizar en diez años, Jesús la consumó en un instante, contentándose con mi buena voluntad. Yo podía decirle como sus apóstoles: Señor he estado pescando toda la noche sin coger nada (Lc 5,5). Pero Jesús mismo cogió la red, la echó y la sacó llena de peces. Hizo de mí una pescadora de almas. Sentí un

gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, sentí que entraba en mi corazón la caridad. Desde entonces fui dichosa”.

Un año antes de morir, escribiendo a un misionero, le recuerda gozosa la vivencia transformadora de aquella noche inolvidable: “La noche de Navidad de 1886 fue, es verdad, decisiva para mi vocación, pero para calificarla con más claridad, debo llamarla: *noche de mi conversión*. En esa noche bendita, de la cual está escrito que constituye las delicias del mismo Dios (Sal 138,12), Jesús, que se hacía niño por mi amor, se dignó sacarme de los pañales y de las imperfecciones de la infancia. Me transformó de tal suerte, que no me conocía a mí misma”. Faltaban ocho días para que cumpliera catorce años de edad.



Teresa de Lisieux —Santa Teresita del Niño Jesús— nació en Alençon el 2 de enero de 1873. Sus padres se llamaron Luis y Celia. Fue la última de nueve hermanos, siete niñas y dos niños. Los dos niños y dos niñas murieron de corta edad. De las otras cinco hermanas, una fue religiosa de la Visitación, Teresa y las otras tres fueron carmelitas en el mismo convento. Trasladada su familia muy pronto de Alençon a Lisieux, vivió a las afueras de esta ciudad, en la finca “Los Buissonnets”. El 9 de abril de 1888 entró en el Carmelo de la ciudad. Murió el 30 de septiembre de 1897. Fue canonizada el 17 de mayo de 1925.

Visitar Lisieux, con espíritu religioso, es indudablemente una gracia especial de Dios. El Señor nos ha concedido dos veces esa gracia. La primera vez en julio de 1951. Aún vivían entonces en aquel Carmelo dos hermanas de Santa Teresita: Paulina, que moriría unos días después, y Celina, que vivió hasta 1959. La segunda vez fue en 1973, año de fiestas, exposiciones y peregrinaciones, por ser el centenario del nacimiento de Santa Teresita.

Los Buissonnets es una casita encantadora que conserva los recuerdos de infancia de la Santa: sus juegos, el lugar donde percibió la sonrisa de la Virgen, el sugestivo grupo escultórico, en mármol blanco, que representa el momento en que Santa Teresita comunica a su padre su deseo de ser carmelita a los quince años... El Carmelo, con la urna de sus sagrados restos, y el clima denso de las vivencias de una santa. Y encima de la ciudad, la hermosa basílica, blanca y resplandeciente, para los actos multitudinarios y solemnes. Al exterior, rodeando el ábside de la basílica, junto al monumental Viacrucis, los sepulcros venerables de las hermanas y padres de Santa Teresita, cuya causa de beatificación se decía que iba a introducirse también.

Cada uno de nosotros, decía Leon Bloy, es un centro de combinaciones infinitas y maravillosas. Es Dios quien conduce los hilos de la historia. Los padres de Teresa pidieron a Dios ser religiosos misioneros. No pudieron conseguir sus deseos. Parecía que su oración había sido baldía. Cuando contrajeron matrimonio, desearon tener un hijo misionero. Pero los dos niños que tuvieron, murieron apenas nacer. Su oración, sin embargo, como explica el P. Heredia, no iba a quedar sin eficacia. Teresa vivió desde su convento, con toda intensidad, el ideal misionero, y luego sería proclamada, junto con San Francisco Javier, Patrona de las Misiones.

Hay que agradecer a la madre Inés de Jesús —su hermana Paulina— cuando la nombran Priora de la Comunidad, que ordenara a Teresa escribir los

recuerdos de su infancia y sus vivencias en el Carmelo. El resultado fue la *Historia de un alma*, regalo impagable para toda la humanidad.

Una mirada superficial sobre la *Historia de un alma* puede dar al principio la impresión de que su vida estuvo rodeada siempre de facilidades, que todo fueron flores y sonrisas, que todo fueron dulces regalos del Amado de su alma.

Hay algunos indicios que favorecen esta impresión. Por ejemplo, su carácter tierno y sencillo. Su estilo lírico, de diminutivos, y su afición por las flores. Así, la *Historia de un alma*, la titula "Historia primaveral de una florecilla blanca". Paseando una noche con su padre, ve su nombre escrito en el cielo, en la figura que forman un grupo de estrellas. De niña se siente curada por la Sonrisa de la Virgen. Era muy amiga de la nieve, y al tomar el hábito religioso expresa su deseo de que la naturaleza se una a su fiesta, y de forma inesperada, un manto de nieve la acompaña... Sí, esta es la primera impresión.

Pero una mirada más atenta, sobre el conjunto de su vida religiosa, descubre tantas y tal género de cruces que causan espanto.

* * *

Seis meses después de su *conversión* en la noche de Navidad de 1886, tiene lugar uno de los momentos más emocionantes de su estancia en Los Buissonnets. Su madre había muerto ya. Por su padre sentía una profunda adoración. Tenía entonces Teresa catorce años y medio. ¿Cómo comunicar a su padre la gran confianza de que deseaba entrar en el Carmelo a los quince años? Se decide a afrontar el problema, por fin, el día de Pentecostés. Estaba su padre sentado en el jardín. "El hermoso rostro de papá tenía una expresión celestial. Comprendí que la paz inundaba su corazón. Sin decir una sola palabra, fui a sentarme a su lado, con los ojos bañados en lágrimas... A través de mis lágrimas, le confié mi deseo de entrar en el Carmelo"...

Luego Teresa nos cuenta el gesto simbólico que su padre realizó. Arrancó una florecilla blanca con todas sus raíces y se la entregó. La pequeña Teresa se vio representada en aquella florecilla que pronto sería trasplantada para arraigar en la tierra del Carmelo. Cuando escribía estos recuerdos, ve que de aquella florecilla, que siempre había guardado en un libro, se estaban desprendiendo las raíces. Y en ello ve el anuncio claro de que pronto será desarraigada del Carmelo terrestre para marchar al puerto definitivo.

El primer paso estaba dado. Pero quedaban todavía muchos más. Ahora no luchará sola. Su padre y su hermana Celina serán sus mejores aliados. El Superior del Carmelo y el Obispo de Bayeux le dijeron claramente que era demasiado joven, que tendría que esperar varios años. Entonces se presentó la ocasión de ir a Roma en peregrinación con su padre y con Celina, y la acepta gustosa para ver si puede conseguir su propósito, pidiéndoselo directamente al Papa.

El viaje a Roma podía ser definido como el viaje de las audacias. "Celina y yo éramos muy atrevidas". Llegan hasta un lugar muy difícil del Coliseo, porque el guía había dicho que era el sitio donde habían sufrido los mártires. Se deslizan hasta el fondo del sepulcro de Santa Cécilia en las Catacumbas de San Calixto. Si se permite un íntimo recuerdo personal, al celebrar la Primera Misa en las Catacumbas, escogí este altar de Santa Cecilia por

las vivencias que Santa Teresita había tenido en él. Introduce su dedo por estrechas ranuras para tocar reliquias. "Un día que visitábamos un monasterio de Padres Carmelitas, no contenta con seguir a los peregrinos por las galerías exteriores, me metí por los claustros interiores. De repente vi a un buen anciano carmelita que desde lejos me hacía señas para que me alejase. Pero yo, en lugar de marcharme, me acerqué aún más a él, y mostrándole los cuadros del claustro, le di a entender que eran bonitos. El religioso conoció sin duda por mis cabellos caídos sobre la espalda y mi aspecto juvenil, que era una niña, me sonrió con bondad, y se alejó, viendo que no tenía delante de él a una enemiga". Este curioso episodio, tan característico del carácter intrépido de Teresita no se publicó al principio en la *Historia de un alma* y no fue conocido hasta que en 1956 fueron publicados los Manuscritos autobiográficos originales.

Pero faltaba lo principal. "Era necesario atreverse a hablar al Papa", a pesar de la norma estricta de no pararse al pasar ante él. No podía desaprovechar aquella ocasión. Teresa se decidió: "Santísimo Padre, le dije, en honor de vuestro jubileo, permitidme entrar en el Carmelo a los quince años"... León XIII la atendió bondadosamente, y Teresa vio en su respuesta una luz de esperanza.

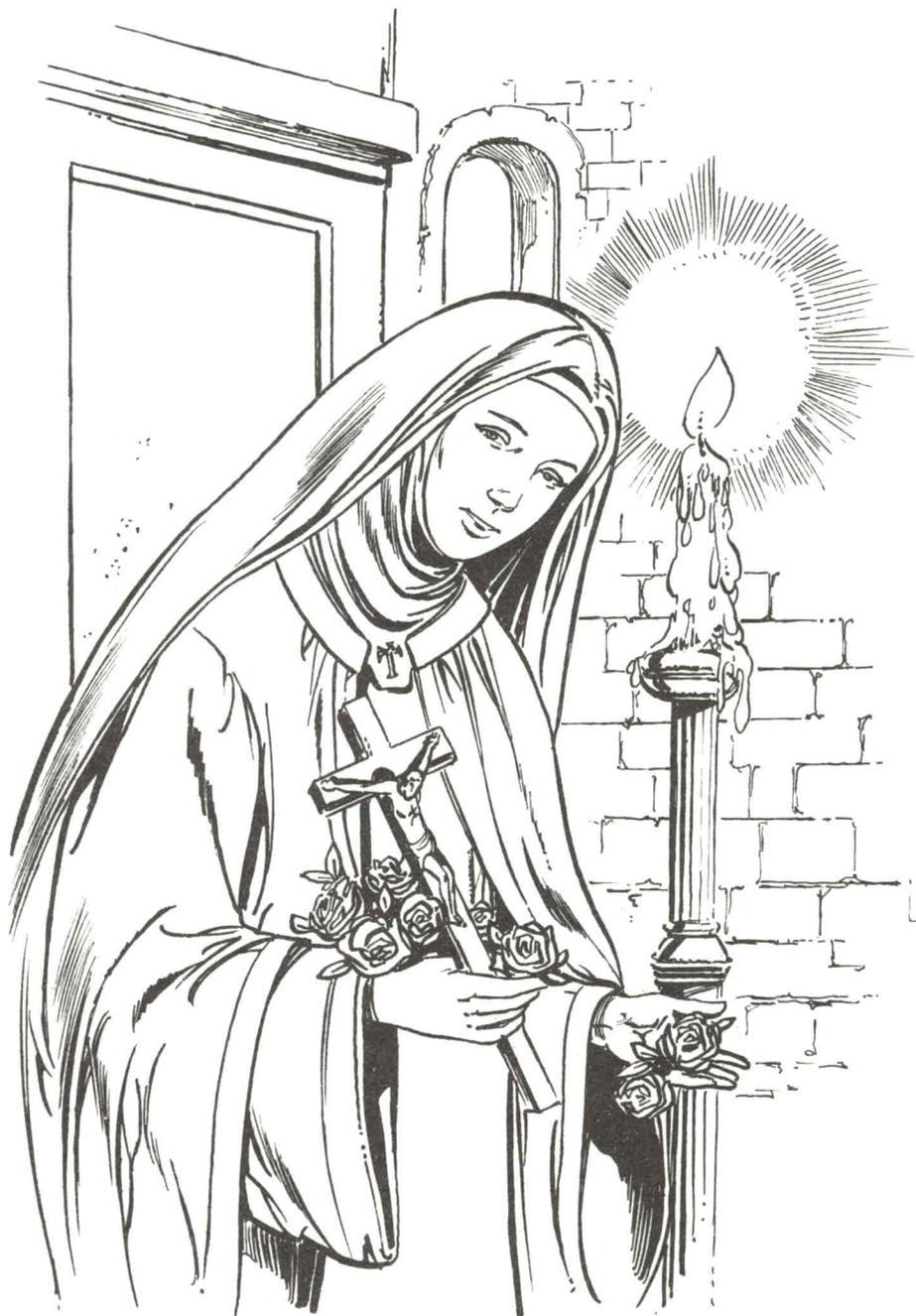
Vuelta de Roma, empiezan a allanarse las dificultades. Teresa hubiera deseado entrar en el Carmelo la noche de Navidad de 1887, un año exacto después de su *conversión*. El retraso fue corto. El 9 de abril de 1888, a los quince años y tres meses de edad, vio por fin realizado el anhelo de su corazón y pudo entrar en el Arca Santa, en el palomarcito del Carmelo, como Teresa de Avila gustaba llamar a sus conventos.



La pequeña Teresa empezó a caminar a velas desplegadas, y en breve tiempo recorrió una carrera de gigante. Su mensaje, tan rico, tan denso, es imposible resumirlo en pocos párrafos.

En el examen que precedió a su profesión declaró los motivos de su vocación, lo que venía a hacer en el Carmelo: "He venido a salvar a las almas, y, sobre todo, a rogar por los sacerdotes". Más tarde escribía a un misionero: "Como Josué, vos combatís en la llanura, yo soy vuestro pequeño Moisés, y mi corazón está incesantemente levantado al cielo para obtener la victoria". Para hacerles gozar a las almas las bellezas del cielo, ella renunciaba a las de la tierra, viviendo prisionera. Deseaba rezar y sufrir desde el Carmelo por los que combatían en vanguardia.

Teresa de Lisieux tenía un alma profundamente sacerdotal, y en esto coincidía con los deseos y consignas de Teresa de Avila. Deseaba tener un hermano sacerdote, y sus superiores la relacionaron con dos misioneros, como hermanos espirituales. Le ilusionaba, como sacristana, preparar el cáliz, y rezar en el coro las oraciones que el sacerdote pronunciaba en la Misa. Ahora me tocaría ordenarme sacerdote, dice poco antes de morir. "¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote, exclama una vez, para predicar sobre la Santísima Virgen! La hubiera presentado imitable y accesible, pues tiene más de madre que de reina". En otra ocasión muestra su pena por las diferentes traducciones de la Biblia. "Si yo hubiera sido sacerdote, habría estudiado el hebreo y el griego,



a fin de poder leer la palabra de Dios, como El se dignó expresarla en lenguaje humano”.

La Palabra de Dios es su alimento preferido, y, poco a poco, su alimento exclusivo. Había meditado mucho *La imitación de Cristo* y las obras de San Juan de la Cruz. Pero luego se limita a la Sagrada Escritura. “De la Biblia saco todo lo que necesito para mi pobre alma. Aquí descubro continuamente nuevás luces, sentidos ocultos y misteriosos. Ya no hallo nada en los demás libros. El Evangelio solo me basta. Qué dulce no aprender ya nada sino de boca de Jesús... Sin mostrarse, sin dejar oír su voz, Jesús me instruye secretamente. No, en verdad, por medio de los libros, porque no entiendo lo que leo”. Y recuerda aquellos versos de San Juan de la Cruz: “No quieras enviarme/ de hoy ya más mensajero,/ que no saben decirme lo que quiero”.

Jesús será su guía y su director. “Mi corazón se volvió bien pronto al Director de los directores, y desde entonces fue él quien me instruyó en esa ciencia escondida a los sabios y prudentes, ciencia que se digna revelar a los más pequeños. Jesús no tiene necesidad de libros ni de doctores para instruir a las almas. El, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras. Nunca le he oído hablar, pero sé que está dentro de mí. Me guía y me inspira a cada instante lo que debo decir o hacer. Era mi caminito tan recto, tan luminoso, que no necesitaba a nadie por guía más que a Jesús”. Y recuerda otra vez a San Juan de la Cruz: “Sin otra luz ni guía/ sino la que en el corazón ardía”. Quería conocer por entero la verdad. “Yo no he hecho jamás como Pilatos que no quiso oír la verdad. Yo he dicho siempre a Nuestro Señor: Oh, Dios mío, yo quiero oíros. Respóndeme, os suplico, cuando os digo humildemente: ¿qué es la verdad? Haced que vea las cosas tal como son y que nada me deslumbre”.

Teresa dispone con gran confianza de la Escritura. Cree, como un niño, que todo le pertenece, y en su ingenuidad está convencida de que la Escritura está a su servicio y puede utilizarla y escoger lo que mejor le vaya en cada momento. Le gusta mucho el método de “picar la Biblia”: abrir el libro al azar, y esperar que Dios pondrá ante sus ojos la respuesta que necesita.



Una de las facetas que más sorprende y alecciona en Santa Teresita es su afán de totalidad, sus ansias ilimitadas, sus anhelos infinitos, sin desaliento alguno: “Cuando se me reveló la perfección y vi el inmenso campo de posibilidades que se me ofrecía, como en los días de mi primera infancia, exclamé: Dos mío, yo lo escojo todo. No quiero ser santa a medias, no me asusta sufrir por vos. Sólo me asusta una cosa: conservar mi propia voluntad. Tomadla, porque yo escojo todo lo que vos queráis”. Leyendo las hazañas de Santa Juana de Arco, el Señor le inspira que su gloria consistirá “en llegar a ser una gran santa”, y está segura que lo conseguirá porque sólo se apoyará en los méritos infinitos del Señor. Estas ansias de santidad las amplía a sus cuatro hermanas también: “No era ya caminar. Las cinco volábamos por los senderos de la perfección”.

Para cumplir sus deseos y encontrar su misión en la Iglesia, buscará inspiración en la Sagrada Escritura. Teresita, según una de las páginas más bellas

de la "Historia de un alma", quería glorificar a Dios en todas las formas de vida que hay en la Iglesia, y unir en sí todos los martirios, y esto desde la creación del mundo hasta el final. Pero siente también sus limitaciones. "El dilema se convirtió para mí en un verdadero martirio, y abrí las cartas de San Pablo a fin de buscar algún remedio a mi tormento. Así di con los capítulos doce y trece de la carta primera a los Corintios. La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que EL AMOR encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarca todos los tiempos y todos los lugares. Entonces, en el exceso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, amor mío! Por fin he hallado mi vocación. ¡Mi vocación es el amor! En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor. ¡Así lo seré todo, así mi sueño se verá realizado!"

Quiere demostrar, con su vida que para amar a Jesús con locura no hace falta haber sido antes una gran pecadora. "He oído decir que no se ha encontrado todavía un alma pura que haya amado más que un alma arrepentida. ¡Ah, cuánto me gustaría desmentir estas palabras!". Dice el Evangelio que "aquel a quien menos se le perdona, menos ama" (Lc 7,47). "Pero sé también que Jesús me ha perdonado a mí más que a Santa Magdalena, puesto que me ha perdonado *prevenientemente*, impidiéndome caer". Y explica su pensamiento con un ejemplo que recuerda la conocida escena de *La Hidalga del Valle*, de Calderón, en la que se aclara que prevenir vale más que curar.

Para concretar más su vocación, el camino mejor para llegar a la perfección, acude de nuevo a los Libros Santos, y encuentra allí el camino corto y recto de la *infancia espiritual*. "Quiero buscar un medio de ir al cielo por un camino muy recto, muy corto, por un *caminito* completamente nuevo. Por el camino del *ascensor* que sustituya la ardua escalera de la perfección. Entonces pedí a los Libros Santos la indicación del ascensor, objeto de mi anhelo, y leí estas palabras salidas de la boca misma de la Sabiduría eterna: "Si alguno es pequeñito, venga a mí" (Prov. 9,4). "Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo. Yo os llevaré sobre mi seno, y sobre mis rodillas os meceré" (Is 66,13).

En esa misma línea, se ofrece como víctima de holocausto el Amor Misericordioso, y hace un llamamiento a la confianza a todas las almas que se sienten pequeñas e imperfectas, pues "los niños pequeños no se condenan". Se ofrece ella misma como la *rosa deshojada* que quiere inmolarsse sin reservas ante el Señor. "Quiero esparcir flores. No he de encontrar una sola sin deshojarla por Vos. Deshojándome te quiero demostrar que te amo con todo mi corazón. ¿Cómo demostrará el niño pequeño su amor, si el amor se prueba con obras? Pues bien, el niño arrojará flores, perfumará con sus aromas el trono real, cantará con su voz argentina el cántico del amor". La pequeña Teresa se comparará también con el *juguete*, la *pelotita*, siempre a disposición del Niño Jesús, que podrá jugar con ella o dejarla olvidada. Toda su ilusión era hacer sonreír a Jesús.

* * *

Su vida discurre en el Carmelo en anhelos de incesante superación. Practica lo que ella llama sus pequeñas virtudes. Aguantar el ruido molesto y diario

de una Hermana que rezaba junto a ella y no volverse para indicarle que lo evitara. Recibir las salpicaduras de la Hermana que estaba frente a ella en el lavadero, sin retirarse para no darle a entender que le molestaba. Dejar beber toda la sidra a la Hermana que comía junto a ella, y no pedir agua para que la otra no notara que también ella tenía sed. Atender solícita y sonriente a una Madre anciana muy caprichosa y que le resultaba muy antipática, hasta el punto de pensar esta Madre que le había caído en gracia a Sor Teresa... Así otras muchas virtudes que, de pequeñas, no tienen nada. El P. Petitot resume el heroísmo y santidad de Santa Teresita en lo que él llama las tres antinomias positivas: el don de sabiduría, como resultado de su ingenuidad y prudencia; el don de fortaleza, que aúna su pequeñez y su grandeza; y el don del amor, o su alegría íntima en medio del sufrimiento.

Las meditaciones de Teresa son más bien pobres, y ella misma anota que "desde hace siete años se dormía durante la oración y la acción de gracias", y reconoce que se distraía mucho en el Rosario y que le costaba rezarlo, a pesar de su tierna devoción a la Virgen, de la que decía donosamente: "La Santísima Virgen no tiene otra Santísima Virgen a quien amar, es menos dichosa que nosotros". Dios la alimentaba con breves iluminaciones fuera de la meditación más que en ella. "Yo percibo, justamente en el momento que las necesito, claridades hasta entonces desconocidas. Las más de las veces, estas claridades no brillan a mis ojos en las hora de la oración, sino en medio de las ocupaciones del día. He notado que muy a menudo Jesús no quiere darme provisiones, sino que en cada instante me alimenta de un manjar completamente nuevo. Es Jesús mismo quien me inspira todo lo que quiere que haga en el momento presente".

Advertía a sus novicias sobre el peligro de trazar grandes planes para el futuro, olvidándose del momento presente, siendo así que se trata de vivir el momento, el estrecho *ahora* que tenemos. "Los que corremos por el camino del amor, creo que no hemos de pensar en lo que de doloroso pueda sucedernos en el porvenir, porque eso es falta de confianza y es como mezclarse en la obra creadora de Dios. Yo no veo más que el momento presente, olvido lo pasado y me guardo muy bien de avizorar el porvenir. Si nos desalentamos, si llegamos a veces a desesperarnos, es porque pensamos en lo pasado y en lo porvenir". Ideas que completa en una poesía: "Tú lo sabes, Dios mío/ para amarte en la tierra/ no tengo más que hoy".

Teresa se reconocía débil y pequeña, como un pajarillo. Pero a la vez sentía que le brotaba en su interior una poderosa energía, le parecía tener los ojos y el corazón de un águila. "Yo me considero un débil pajarillo cubierto solamente de un ligero plumón. No soy un águila, sólo tengo de ella los ojos y el corazón, porque, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila... Qué bueno es el Señor, que hizo crecer a mi alma y le dio alas".

Como María en el Magnificat, Teresa se siente pequeña y colmada de gracias a la vez. Sabe que le vienen de Dios y que tiene que compartirlas. "Yo soy un alma muy pequeñita, a la que Nuestro Señor ha colmado de gracias... Esta espiga es imagen de mi alma. Nuestro Señor me ha cargado

de gracias para mí y para muchos otros. Oh, Jesús mío, yo creo que no podéis colmar un alma de más amor del que habéis colmado la mía... No crea Vd., escribe a un misionero, que la humildad me impide reconocer los dones de Dios. Yo sé que El ha hecho en mí cosas grandes, y yo lo canto dichosa todos los días”.

Era muy exigente con sus novicias. Pero se daba cuenta que debía ir por delante con el ejemplo y practicar lo que decía. “Las inspiraciones más sublimes no son nada sin las obras. Se ama a Dios y al prójimo en la medida en que ese amor se ejercita. ¡Cuántas veces estaba escribiendo sobre la caridad, y cuán a menudo me venían a molestar! He procurado no impacientarme y poner en práctica, la primera, lo mismo que escribía”. Siempre estaba disponible para todos: “Estoy siempre dispuesta a hacer lo que me pidan, lo quiero así, yo soy después, yo no cuento. De esta forma gozo continuamente de gran paz”.

* * *

Su vida en el Carmelo no fue precisamente un deslizarse sobre rosas. Cargó valerosamente con la pesada cruz. La relación con la Madre Priora, la larga enfermedad de su padre, la avidez y sequedad en la oración, la sensación de abandono, de parte de Dios, las dudas de vocación la misma víspera de su Profesión, fueron pruebas difíciles que acrisolan su espíritu. El convivir con sus hermanas en un mismo convento es muchas veces ocasión de sufrimiento, dispuesta como estaba a no dejarse arrastrar por las inclinaciones naturales. Uno de los sacrificios más duros fue el del frío. Al volver de Maitines, a medianoche, cansada y tan débil, muchas veces no conseguía entrar en calor ni podía volver a dormirse.

La cruz más dolorosa fue seguramente la permanente tentación contra la fe, durante el último año de su vida, el año de su enfermedad, en medio de ahogos y de atroces sufrimientos. “Es necesario, afirma Teresa, haber caminado por este sombrío túnel para comprender su oscuridad... Esto no es ya un velo para mí, es un muro que se alza hasta los cielos y cubre el firmamento estrellado...” Es, repite, encontrarse como un pajarillo en medio de la tormenta, asustado y en el mayor desvalimiento, aunque empeñado en creer, a pesar de los pesares, que detrás, invisible, está el sol. Ernesto Sábato, el gran escritor argentino, cuenta en una entrevista que leyó la *Historia de un alma* y quedó impresionado ante esta terrible noche oscura de la fe.

La experiencia de Sor Teresa la noche de Viernes Santo, cuando se declara abiertamente la gravedad de su enfermedad, no puede leerse sin sentir un hondo escalofrío. Tiene un vómito al acostarse. “No sabía lo que era, pero pensaba que tal vez iba a morir, y mi alma se sentía inundada de gozo”. La lámpara estaba apagada ya, y había que esperar a la mañana “para asegurarme de mi felicidad, pues me parecía que era sangre lo que había vomitado. Al despertarme, pensé en seguida que algo agradable iba a descubrir”. Y así fue. “¡Ah, mi alma se sintió henchida de gran consuelo! Era como un dulce y lejano murmullo que me anunciaba la llegada del Esposo. La esperanza de ir al cielo me volvía loca de contento”.

La reacción de Teresa es ciertamente sobrecogedora y representa una cota difícilmente superable. A la luz de este ejemplo, y en circunstancias parecidas, el Cardenal Luciani escribió: "Me avergoncé de haber tenido un poco de miedo. Teresa, que tenía veintitrés años, me dijo, y que siempre había estado sana y llena de vitalidad, se sintió inundada de alegría y de esperanza cuando notó que le subía a la boca la primera hemoptisis. No sólo eso, sino que cuando remitió un poco la enfermedad, consiguió que le dejaran terminar su ayuno con régimen de pan seco y agua. Y tú, ¿vas a echarle a temblar? ¡Eres sacerdote, despierta, no hagas el tonto!".

El alma de Teresa se ha ido purificando hasta alturas y profundidades insospechadas. Hay dos Teresas, y la celestial va ocupando paso a paso a la terrestre, hasta vaciarla. Parece, dice Hans Urs von Balthasar, como si hubiera dos Teresas: la una es medio e instrumento que se olvida de sí misma, la otra es tarea y fin. La una va quedando cada vez más en la sombra. La otra surge cada vez más a la luz. La una se consume a sí misma, entrega lo último que cabe entregar, hasta que una muerte horrorosa y lenta exprime en ella la postrera gota de vida y fuerza, en una espantosa transfusión, y sobre su lecho mortuario no queda más que una muñeca vacía. La otra se va llenando cada vez más, en la medida exacta en que la primera disminuye, y florece y despierta a una celeste conciencia de sí y se anima como las estatuas de Prometeo y Pígalión. No es menester andar en torno a ella para examinarla: ella misma empieza a girar, para hacer visible por todos los lados su ser celeste, como un maniquí, que no se nos muestra a sí mismo, sino el vestido que lleva: el vestido de la gracia... Acaso no haya habido en toda la historia del cristianismo otro ejemplo tan admirable como este desdoblamiento, caso parecido al de San Pablo.

La vida de Santa Teresita es, como el mismo autor dice, una "existencia teológica", una existencia tan trascendente, que ya parece vivir más en el cielo que en la tierra. Utiliza mucho la imagen de la barquilla que corre hacia el puerto. "La vida es tu bajel, no tu morada", canta en una de sus tiernas poesías. Desea ir al cielo, pero no a un cielo inactivo y para su exclusivo disfrute personal. Como ha pasado su tierra en el cielo, así pasará su cielo en la tierra. "Quiero pasar mi cielo haciendo bien a la tierra. Yo no puedo pensar mucho en la dicha que me espera en el cielo. Una sola esperanza hace latir mi corazón. El amor que recibiré y el que yo podré repartir. ¡Qué imposible me sería soportar eso (el cielo, sin corresponder a la ternura de Dios con sacrificios por mi parte), si no hubiera hecho en la tierra todo lo que en mi mano estaba para darle gusto!".

* * *

El alma de Teresa ha madurado ya. La enfermedad avanza a pasos agigantados. Pronto vendrá a buscarle el Esposo divino. Como dice Jesús en el Evangelio, vendrá como un ladrón (Mt 24, 43-44). "Vendrá a robarme muy gentilmente. ¡Oh, cómo me gustaría ayudar al ladrón! No temo al ladrón. Le veo a lo lejos y me guardo muy bien de gritar: ¡al ladrón! Al contrario, le llamo diciéndole: ¡por aquí, por aquí!... No, no está a la puerta, ha

entrado ya. Pero, ¿qué decís, que si tengo miedo al ladrón? ¿Cómo queréis que tenga miedo a quien tanto amo? El Ladrón vendrá y me llevará, ¡aleluya!”.

Poco antes de morir había escrito: “No muero, entro en la vida”. Como dice un autor, no se sentía amenazada de muerte, sino amenazada de resurrección. Llegaba al final de su viacrucis como un viajero que se tambalea sin fuerzas: Sí, pero caigo en los brazos de Dios. Sus últimas palabras, mirando al crucifijo, fueron: “¡Dios mío, os amo!” Eran las palabras que resumían su vida y su mensaje. Poco después cerró los ojos y expiró. Eran las siete y veinte minutos de la tarde del 30 de septiembre de 1897. Tenía Santa Teresita veinticuatro años y nueve meses.

Su vida fue breve, pero apretada, y muy rico su mensaje. “Llegada a la perfección en poco tiempo, llenó el espacio de una larga carrera” (Sal 4,13). Si quieres vivir largo tiempo, no lo pierdas, dice un autor. “Yo creo que el amor, aclara Santa Teresita, puede suplir una larga vida. Jesús no mira al tiempo, porque en el cielo no lo hay. No mira más que al amor”.

El Papa Pío X la llamó la Santa más grande de los tiempos modernos. Pío XI, que la canonizó, la estrella de su pontificado. Juan Pablo I, antes de ser Papa, escribía todos los meses para *El Mensajero de San Antonio* una carta a algún personaje ilustre. Uno de sus destinatarios fue la Santa de Lisieux: “Querida pequeña Teresa: Tenía diecisiete años cuando leí tu autobiografía. Fue para mí como un rayo. Tú misma la habías definido como “historia de una florecilla de mayo”. A mí me pareció la historia de una “barra de acero” por la fuerza de voluntad, la energía y la decisión que en ella se adivinaba. Una vez elegido el camino de la entrega al Señor, no hubo nada capaz de cerrarte el paso: ni la enfermedad, ni las contradicciones exteriores, ni las nieblas o las tinieblas interiores”.

Teresa de Lisieux es uno de los santos más queridos y populares. Laudet escribió un libro con este sugestivo título: “La niña querida del mundo”. En la primera guerra mundial todos los soldados franceses tenían en el frente una estampa de Santa Teresita. El que visite la Europa del Este verá que su imagen, junto con la de San Francisco de Asís, se encuentra en todas las iglesias. Para todos nosotros es un faro permanente, cálido y sugestivo.

ARDUO CAMINO DE KANT A SANTO TOMAS

“El hombre es la única criatura vertical del Cosmos. El hombre es un ser de doble proyección. Ha sido creado de materia y espíritu. La parte terrenal del hombre está sometida a la fuerza de la gravedad y es atraída hacia abajo. La otra mitad, la parte celeste, la que ha sido creada por el espíritu de Dios, está sometida a la atracción hacia arriba, al igual que las llamas.

Es una atracción tan irresistible como lo pueda ser la fuerza de la gravedad. No puede uno sustraerse a ella. Todo ser humano, por muy vil y pervertido que sea, está sometido a la atracción hacia arriba, hacia el cielo. Aspira a elevarse, a ascender, a progresar. El ansia de subir siempre más alto no queda jamás satisfecha. Al hombre le resulta imposible sustraerse a su ansia de ascensión, de promoción, al igual que no logra sustraer su cuerpo material a los efectos de la gravedad.

Si se pone trabas a esa ley ascensional, se destruye al ser humano. Se le aniquila. Se le asfixia de igual forma que se extingue una llama cuando se le priva de su libre desenvolvimiento ascensional. De igual forma que un hombre muere cuando se le sumerge la cabeza en el agua y se le quita toda posibilidad de respirar. El afán de superación y de progresar resulta tan vital para el hombre como la propia respiración” (Gheorghiu). Eso le sucedió a García Morente. Todas las teorías filosóficas modernas no le bastan para respirar. Se ahogaba. Y en su afán ascensional, encontró la Verdad.

* * *

La honda experiencia religiosa vivida por el profesor García Morente será un caso típico de *ruptura con toda su vida anterior*. Su encuentro con Dios marcará nuevos rumbos que ya no abandonará. Anunque continúe con algunas tareas, otra será ya la clave de su interpretación.

García Morente sería el caso típico del intelectual que, para creer, no necesita saber más. Sólo necesita, dice San Agustín, bajar la cabeza que eleva erguida, y que le entre de arriba abajo el rayo de la fe. Y entonces empieza a entender religiosamente lo que ya sabía.

“Yo no he llegado a este cambio, confiesa García Morente, por nuevas ideas. Es cosa del corazón, obra directa de Dios en el alma. Abandonado de todos, amigos y extraños, medio desesperado, a dos pasos de la muerte, sin saber en mi soledad nada de los míos, de pronto sentí los ojos de Jesucristo que miraban en el alma y experimenté un consuelo divino que me embara aún”.

Manuel García Morente nació el 22 de abril de 1886 en Arjonilla (Jaén). Su padre, Gumersindo, era de ideas liberales. Su madre, Casiana, mujer muy piadosa, muere muy pronto. Casado su padre en segundas nupcias, su hermana mayor, Guadalupe, hizo de madre para Manuel.

Lo envían a estudiar al Liceo de Bayona. Pierde la fe en aquel ambiente descreído. Con gran pesar lo descubre su hermana, cuando Manuel vuelve de vacaciones. Y como una nueva Mónica, empieza una cruzada de lágrimas y oraciones, por el "hijo descarriado", por el hermano querido.

Estudia Filosofía en París, y acude con fruto a escuchar las lecciones de Bergson. Amplía estudios en Alemania en compañía de Julián Besteiro y Ortega y Gasset, y sigue las teorías del neokantiano Cohen. Trabaja con Giner en los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza.

A los veinticinco años es profesor de ética en la Central de Madrid. Era el catedrático más joven de España. Triunfa plenamente en la cátedra y es nombrado Decano de Filosofía. Triunfa también como conferenciante, se introduce en la alta sociedad y es nombrado Subsecretario de Instrucción Pública.

Se casa con Carmen García del Cid, joven muy piadosa, que muere muy pronto, pero "el puesto que dejó vacío no fue nunca ocupado por ninguna otra mujer". La vida de familia era algo muy entrañable para él. Dedicó todo su cariño a sus dos hijas. Era muy delicado y efusivo. Muy apasionado también. Tenía gran sensibilidad para la música.



Algunos, como Zaragüeta, intentan rastrear en los escritos de Morente indicios de insatisfacción en la filosofía kantiana, preanuncios de conversión antes de 1937. No está claro. Sus ideas filosóficas no parecen haber preparado su conversión. Aunque Javier Zubiri admite en él una cierta preocupación religiosa.

Morente mismo escribirá en 1942: "Cuando la fe religiosa abandona a un alma, deja en el fondo de ella, por decirlo así, un vacío que con nada se llena, y que desquicia la voluntad. El alma sin religión pierde su unidad. No sabe qué hacer, qué querer, qué desear, y sus resoluciones, privadas de esa cohesión unitaria que sólo el fundamento sobrenatural confiere, son contradictorias, disidentes, caprichosas y subversivas". Y hablando de la gracia divina, afirma que le hace "feliz sin límites, y le concede por fin un sentido claro e inequívoco para la vida y una orientación concreta".

Sigue la cruzada de oraciones por su conversión, que había empezado ya su hermana Guadalupe. Así su esposa y toda la familia de ella. Así sus hijas, y las monjas del Colegio de la Asunción donde se educan. Así el marido de su hija mayor, cristiano ejemplar, que morirá por su fe. Pero todos lo hacen sin palabras, con amor y discreción. Su hermana Guadalupe, antes de morir en un sanatorio, le pide que no ponga resistencia a la gracia de Dios. De esta manera estaba entablada la batalla. La cultura sin Dios de Morente sería vencida por el sacrificio y la oración.

Morente se encontraba ahora en el cenit de su gloria, y para vencer su indiferencia, Dios tendría que derribarle violentamente como a Saulo, herirle

en la hacienda, en la salud, separarle de los suyos, y rodearle de soledad y abandono, como a Job.

Así sucede en la vida de Morente. A la temprana muerte de su madre, se unía ahora la muerte de su esposa, en la flor de la edad, la de su hermana Guadalupe, el asesinato de su yerno, pérdida del decanato y cátedra, huida al extranjero... El asesinato de su yerno le impresionó de manera particular. "Este fue el golpe grande", dirá después hablando del influjo que este recuerdo ejerció en su conversión.

En esta situación psicológica, y ante las tristes circunstancias en que se encontraba España en 1936, se ve obligado a marchar a París. Allí queda solo y sin recursos, y separado de los que más ama. Por esos caminos misteriosos y providenciales le llegará la visita de la gracia divina...

* * *

Tiene lugar entonces lo que él llama el *Hecho Extraordinario*. El *Hecho* ocurrió en la noche del 29 al 30 de abril de 1937, hacia las dos de la madrugada. La narración detallada del suceso y circunstancias concomitantes la entregó a su Padre Espiritual, D. José M^a de Lahiguera, tres años más tarde, en 1940.

Empieza contando el asesinato de su yerno, las zozobras en su casa de Madrid, su marcha a París, la invitación desde Argentina, la sobreexcitación febril por la tardanza en llegar sus hijos a París, el insomnio y preocupaciones que esto le producía. Sufría, dice, "la sensación de absoluta impotencia, de total pasividad, de no intervención en los engranajes de mi propia vida, y frente a ella se erguía rabiosa la voluntad soberbia, que no podía admitir el verse así anulada y reducida a la impotencia absoluta. Ese desgarró interior, esta escisión entre la voluntad impotente, pero llena de querer y de voliciones efectivas, y frente a ella el curso implacable, pero incógnito de los hechos, ese abismo entre un yo que quiere ser y una realidad que es lo que es, independiente del yo volente, eso es lo que torturaba hasta lo indecible. ¿Qué está haciendo de mí, pensaba, Dios, la Providencia, la Naturaleza, el Cosmos, lo que sea?". Y empieza a discurrir dialécticamente, y con gran consuelo, según confiesa, en la posibilidad de una Providencia divina. Pero pronto considera esa Providencia como algo frío, lejano, inaccesible, que se desentiende totalmente del hombre, hasta el punto de llegar a pensar en el suicidio, idea que rechaza como inútil.

Entonces, para descansar y distraerse, puso la radio en marcha. Estaban radiando música, "un trozo de Berlioz, intitulado *L'enfance de Jésus*: algo exquisito, suavísimo, de una delicadeza y ternura tales, que nadie puede escucharlos con los ojos secos. Cuando terminó, cerré la radio para no perturbar el estado de deliciosa paz en que esa música me había sumergido. Y por mi mente empezaron a desfilar —sin que yo pudiera oponerles resistencia— imágenes de la niñez de Nuestro Señor Jesucristo". Y sigue recorriendo con la imaginación diversas escenas de Jesús en su vida pública y en su Pasión. Ve a Cristo rodeado de un "enjambre incalculable" de hombres y mujeres, mientras él se ve todavía lejano y abandonado.

"Esta especie de visión tuvo un efecto fulminante en mi alma. Ese es Dios, ése es el verdadero Dios, Dios vivo, ésa es la Providencia viva —me

dije a mí mismo—. Ese es Dios, que entiende a los hombres, que vive con los hombres, que sufre con ellos, que los consuela, que les da aliento, y les trae la salvación... ¡A rezar, a rezar! Y puesto de rodillas empecé a balbucir el Padrenuestro. Y ¡horror, se me había olvidado!”.

Se puso de rodillas. Recordó su niñez, cuando recostado en el regazo de su madre rezaba con ella. Logró reconstruir el Padrenuestro y el Avemaría... “Una inmensa paz se había adueñado de mi alma. Es verdaderamente extraordinario e incomprensible cómo una transformación tan profunda puede verificarse en tan poco tiempo... Sea lo que fuere, el hecho es que me veía a mí mismo hecho otro hombre... Me miré al espejo. Empecé a sentir una especie de desdoblamiento de la personalidad. Aquél del espejo era el otro, el de ayer, el de hace mil años. Este, en cambio, éste a quien consideraba dentro de mí, el nuevo, me parecía tan tierno, tan frágil, que al menor choque podría quebrarlo en mil pedazos”.

Queda dormido, sentado en un sillón, hacia las doce de la noche. Serían las dos cuando despertó “bajo la impresión de un sobresalto inexplicable, con el presentimiento de algo inmenso, formidable, inenarrable que iba a suceder... Me puse de pie, todo tembloroso, y abrí de par en par la ventana. Una bocanada de aire fresco me azotó el rostro”.

“Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba El. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero El estaba allí... No tenía la menor sensación. Pero El estaba allí. Yo permanecía inmóvil, agarrado por la emoción. Y le percibía, percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras —negro sobre blanco— que estoy trazando. Le percibía allí presente, con entera claridad. Y no podía caberme la menor duda de que era El, puesto que le percibía, aunque sin sensaciones. ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé. Pero sé que El estaba allí presente y que yo, sin ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar nada, le percibía con absoluta e indubitable evidencia”.

Explica luego el íntimo gozo y deleite sobrehumano que experimentó, además de una especie de desgravitación, aligeramiento o volatilización. Luego, en un instante, la percepción de esta Presencia desapareció. ¿Cuánto duró? “Fue sólo un breve espacio de tiempo, quizá segundos, quizá minutos, quizá una hora, en la noche del 29 al 30 de abril de 1937. Y no ha vuelto a repetirse jamás”.

* * *

¿Cómo puede explicarse este acontecimiento? “El *Hecho* por mí vivido, se caracteriza por la total ausencia de sensaciones. Dijérase una percepción por el alma sola —una percepción puramente espiritual— sin auxilio del cuerpo condicionante. Y si a la tal percepción por sola el alma no quiere dársele el nombre de percepción. Llámesele como se quiera. En todo caso el *Hecho* es una intuición de presencia desprovista de toda condicionalidad corpórea (sensación)”.

Un *Hecho* así, sigue discurriendo Morente, puede suceder en realidad. Pero le parece raro, en principio, que pudiera ser real en él, por su vida alejada de Dios. Tampoco admite que fuera efecto de una intervención diabólica por los

resultados benéficos que se operan en él. Ni puede decirse que fuera engañado por una nueva subjetividad o alucinación, puesto que siempre gozó de perfecta salud mental, aunque sí admite que poseía una imaginación y sensibilidad muy intensas que pudieran influir o facilitar ese sentimiento de presencia. Desde luego las notas de lucidez y sobriedad de la narración están a favor de la realidad.

"A lo sumo, resume Morente, podría quizá suponer que Dios, queriendo afianzar mi conversión con una gracia tan profunda que se me grabase involudablemente en mi alma, permitió que se produjese en mi mente este fenómeno subjetivo, cuyo recuerdo indeleble fuese capaz de ayudarme a perseverar victorioso frente a todas las asechanzas, dificultades e inconvenientes que por necesidad habían de oponerse a mi vocación".

Terminaba así el proceso de conversión que se había ido operando lentamente en aquella alma grande. Junto a la cruzada de oraciones que servía de base, figuraban las crueles separaciones que la muerte había causado en su hogar, la separación de la cátedra, el no poder reunirse con sus hijas, el destierro, la pobreza, el sentimiento de debilidad ante las decisiones inapelables de la Providencia... Por fin, las notas inspiradas de Berlioz y el "sentimiento de presencia" del *Hecho Extraordinario* habían acabado de derribar las murallas de Jericó. García Morente se había rendido.

Es el *punto de arranque* de una nueva vida. Gira en redondo. Toma una nueva ruta y borra las huellas de la vida anterior para cerrarse las puertas a toda posibilidad de retorno. Así explica él las consecuencias que el *Hecho* produjo en su alma: "Una resolución inquebrantable, mantenida sin desmayo hasta hoy, y a través de mil dificultades y obstáculos de dedicarme, incluso por estado y ministerio, al servicio de Dios. Una gracia que se conservó actual durante más de un año hasta convertirse en gracia santificante. Una perseverancia que ha triunfado hasta ahora de todos los inconvenientes... Siempre el recuerdo del *Hecho* ha constituido para mí un consuelo extraordinariamente eficaz, y me ha servido de escudo y me ha ayudado a triunfar en todas las dificultades y adversidades".

No pudo poner inmediatamente en práctica sus planes. Llegadas por fin sus hijas a París, aceptó la invitación de la Argentina, para atenderlas allí decorosamente. Mientras tanto seguía madurando su decisión. En junio de 1938 volvían todos a España. El 27 llegaban a Vigo. El 28 hacía su confesión general con el Dr. Eijo y Garayo. El 29 recibía del mismo Sr. Obispo su Segunda Primera Comunión, con profunda emoción suya y de toda su familia. Poco después empezaba su preparación para el sacerdocio.

* * *

Su deseo era entrar en el Seminario en septiembre de 1938, para luego ser cura de almas en algún pueblecillo. Por indicación del Dr. Eijo, solicita ser repuesto en su cátedra de la Central, aunque con la idea de pedir la excedencia hasta su ordenación sacerdotal. Pero al no poder abrirse todavía el Seminario de Madrid, entra de momento, para dedicarse al estudio y la oración, en el monasterio mercedario de Poyo, cerca de Pontevedra.

En el oasis de Poyo pasa un año de paz y serenidad, "soledad y quietud de abeja en colmena", retiro fecundo para serenar sus ideas, para engolfarse en la oración, para iniciarse en las ciencias sagradas. Le solicitan trabajos y colaboraciones, pero todo eso quiere dejarlo para cuando sea sacerdote. Ahora campea en su vida, por encima de todo, el sabio lema benedictino "ora et labora". La discreción y amistad de los Padres de Poyo le acompañaban y orientaban en su nueva vida.

Disfrutaba desde "la dulce paz de Poyo" de la bella campiña gallega. "Todas las cosas buenas y bellas del mundo, escribía, lo son triplemente cuando se miran en Dios y por Dios. Se comunica frecuentemente con los doctores Eijo y Zaragüeta, y guarda sus mejores afectos para su familia, ahora ausente. Poyo dejó en él imborrable recuerdo. "Con no muy distante analogía pudiéramos decir que, si París fue para Morente su *Damasco*, Poyo tuvo para él algo de la soledad y fecunda preparación del *Desierto de Arabia*".

Entra por fin en el Seminario de Madrid en noviembre de 1939. Estaba el edificio en pésimas condiciones y se colaba por todas partes el frío de la Sierra. Morente podría haber estudiado externo, pero quiso someterse a las duras condiciones de la vida comunitaria. Al antiguo Subsecretario de Instrucción Pública le toca un cuarto sin cristales y sin puerta. Cuando después de un mes la colocaron, decía: "Nunca pude yo pensar que un hombre pudiera considerarse feliz con tener un cuarto con puerta". El frío de toda la casa y singularmente del corredor, enormemente grande, al meterse entre todos en filas, ir a los patios, sentarse en el comedor entre muchachos carentes a veces de buenas formas, "todo lo soportó sin la menor queja y hasta con agrado", según atestiguan sus compañeros y superiores. "Nunca pidió ni admitió excepciones en nada, fuera de salir a su cátedra de la Universidad, por voluntad del señor Obispo. Con el Rector y prefectos del Seminario se mostró siempre dócil, deferente y sumiso". Supo ganarse el afecto de todos los alumnos, y siempre recordó con cariño los años del Seminario.

Fue ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1940. Celebró su Primera Misa Solemne, con inefable fervor de espíritu y acompañado de todos sus familiares y diversas personalidades, el día 1 de enero de 1941, en el convento de la Asunción de Madrid, donde su hija menor, Carmen estaba ahora como postulante. "Con esto quedaba cumplida la segunda etapa de su conversión abierta en Poyo". En el "Diario de los Ejercicios Espirituales", que practicó como preparación para el sacerdocio, expresa los sinceros sentimientos de su alma para una entrega sin reservas a la voluntad de Dios.

• • •

Su vuelta a la cátedra despertó la natural curiosidad. "Mas en vano esperan un *Contra lo que decíamos ayer*. El no quiere espectáculo". Procura evitar alusiones personales. Pero un nuevo transfondo se percibe con claridad. Todos le recuerdan como exigente y responsable en sumo grado, tanto para sí mismo como para los demás.

Pero no todo iban a ser mieles en su nueva vida. Tenía que pasar por el crisol de la purificación. "Veíase sin los compañeros de antes y sin muchos de los que ahora quería para convivir en espíritu, que se le negaban por enemi-

go de la víspera y sospechoso del mañana. No le quedaba más que besar la mano de Dios, tan sabiamente purificadora". Suele pasar así con todos los convertidos, como se ve en los casos de San Agustín y de Newman. Fácilmente les quedan resabios de sus esquemas mentales anteriores, que muchos impacientes no acaban de perdonar.

Arduo fue ciertamente el camino que el profesor Morente hubo de recorrer desde Kant hasta Santo Tomás. Pero lo recorrió con entrega y decisión. "El sortilegio kantiano se ha ido desvaneciendo y él, fuera ya o en los últimos anillos de su magia, puede mirar frente a frente al maléfico encantador". Profundiza ahora en el estudio de Santo Tomás, en la armonización de la fe y la ciencia, y preparaba un comentario moderno de la Summa, que la muerte imprevista dejó sin acabar.

Su actividad era incansable: capellán del Colegio de la Asunción, profesor en la Universidad, y en el Seminario, conferenciante, escritor. Sacerdote de una pieza, con intensa vida espiritual. "Su piedad era sencilla, candorosa, infantil. Su oración era fácil, profunda, sentida, larga y muy frecuente. Comparando su vida con la anterior a su conversión, Morente podía exclamar también como otra gran convertido, Ernesto Psichari, nieto de Renán: "¡Si parece que tengo otra alma!".



Trabajaba sin descanso y empezó a resquebrajarse su salud. A mediados de noviembre de 1942 hubo de ser intervenido quirúrgicamente. A finales de mes abandonaba la clínica, y reanudó sin tardar sus tareas, "como buen soldado de Cristo Jesús" (2 Tim 2,3). Escribió entonces un hermoso prólogo para una *Vida de Jesucristo*. Son páginas de acento agustiniano, *confesiones* indirectas enviadas como voz amiga a quienes quedaban en aquella otra vertiente de la que él dichosamente había logrado salir".

No acababa de reponerse, y a primeros de diciembre hubo de guardar cama otra vez, aunque con el ánimo de levantarse el día 7 para prepararse para la Inmaculada Concepción. "La celebró en el más allá. El día 7, por la mañana, fue encontrado cadáver en su lecho. La muerte debió ser repentina, de una embolia cerebral".

El señor Obispo, hondamente conmovido, resumía así sus impresiones: "Tengo la satisfacción de decir que su alma se hallaba en un grado máximo de fervor, y sin duda Dios la encontró ya madura para el cielo".

Para terminar, afirmaremos nosotros también que "en el paso de una cátedra a las gradas del altar y de la irreligiosidad a una generosa entrega a Jesucristo, es dado ver una de las más extraordinarias y ejemplares experiencias religiosas de nuestro siglo y uno de los más bellos triunfos de la verdad y de la gracia divina". La herencia del profesor-sacerdote García Morente no puede quedar enterrada. Y, en todo caso, ha de fructificar su ejemplo de rectitud y coherencia, de entrega y generosidad.

MARTIR POR CRISTO REY

“El Parabolano es un hombre que planta cara a la muerte, se burla de ella y va a su encuentro allí donde esté. No la teme. El Parabolano acude a donde hay peligro de muerte. A donde los demás tutibeaban ir. Es el séptimo orden de los clérigos. El último orden de la jerarquía de la Iglesia. Los Parabolanos fueron creados en Alejandría, en los albores del siglo IV, durante una mortífera epidemia de peste. Nadie tenía el valor de atender a los apestados. Entonces surgen los Parabolanos. Eran valientes, los que no tenían miedo de nada. Se internaban en las ciudades diezmadas por la peste. Llevaban agua y auxilios. Enterraban a los cadáveres. Su oficio era el de enfrentarse con la muerte y desafiarla a diario. Hacían del valor una profesión. Su trabajo exigía el desprecio de la muerte... Por otra parte, ninguna sociedad está dispuesta a aceptar en su seno a los que no temen la muerte. Los que no temen la muerte proclaman la verdad y se rebelan contra la injusticia y la explotación reinantes. Un hombre que no se siente paralizado por el miedo a la muerte, rechaza de plano cualquier tipo de cobardía. Pero, por culpa de los que reaccionan como él, la sociedad corre grave peligro. Y éste es el motivo por el cual la sociedad les consideraba con cierto recelo. Y el emperador Teodosio suprimió el orden de los Parabolanos” (Gheorghiu). También el Padre Pro era un Parabolano. Un hombre que desafiaba a diario a la muerte y que había hecho del valor una profesión. Un hombre que proclamaba la verdad y se rebelaba contra la injusticia. Por eso fue suprimido violentamente.

* * *

La primera llamada fuerte de Dios que sintió el P. Pro fue la entrada de sus dos hermanas mayores en el convento del Oasis, de Aguascalientes. La vocación, dice Sans Vila, es un microbio que se contagia fácilmente a los demás. Por eso es tan frecuente el caso de hermanos sacerdotes o religiosos. Por poner el ejemplo que tengo más a mano, el que esto escribe es sacerdote y tiene tres hermanos sacerdotes.

Ya estaba, pues, el P. Pro preparado para seguir la voz de Dios. Un día, en Granada, él mismo explicó cómo había recibido la gracia de la vocación. Contaba que había sido muy travieso, pero que se convirtió y entró en la Compañía de Jesús, después de un *hecho decisivo* para él.

El P. Moreno, su compañero, al hablar de los recuerdos que conservaban del P. Pro los habitantes de la vega granadina, lo explicaba así: “Les dijo que él, de muchacho, una vez entró en una iglesia, donde un religioso estaba

predicando sobre la pasión del Señor y oyó que el predicador decía: Todo esto hizo y sufrió Jesucristo por nosotros, y nosotros ¿qué hacemos por Jesucristo? Estas palabras le hicieron mucha impresión, y se preguntaba: y yo ¿qué he hecho por Jesucristo? Le hizo tai mella esta frase, que al fin se decidió a seguir a su divino Capitán”.

Practicó los Ejercicios Espirituales que reforzaron más su vocación. Se entregaría para siempre a las almas y sobre todo a las almas de los obreros. Nunca más volvería la vista atrás. Era una *marcha sin retorno* en la aventura hacia Dios. Tenía entonces 20 años.

No sabía cómo comunicar a sus padres la gran noticia. Cayó enfermo por aquellos días, y en el delirio de la fiebre dejó escapar el secreto. Sus padres quedaron desconcertados de momento, pero pronto aceptaron los planes de Dios.

* * *

Miguel Agustín Pro nació el 1891, en Guadalupe, pueblecito del Estado de Zacatecas, en el centro de México, el México lindo y querido de sus amores. Sus padres eran profundamente cristianos. Tuvo cinco hermanos y hermanas. En esta escuela de virtudes se forjó el carácter y temple del futuro mártir. Era vivo y travieso. Un niño normal. No creció sin defectos. Pero tuvo la suerte de tener unos padres que le ayudaron a corregirlos.

Después de pasar algunos años en Guadalupe, vivieron algún tiempo en México y Monterrey, y fijaron por fin su residencia en Concepción del Oro hasta 1914 en que, a causa de la revolución, su padre tiene que huir y su madre se refugia en Guadalajara con los niños para tener un abrigo más seguro. En Concepción recibió Miguel la Primera Comunión de manos del párroco, Don Mateo Correa, quien, poco antes que Miguel, derramó también su sangre, mártir del siglo sacramental.

Su madre ejerció sobre él una profunda influencia. De ella aprendió las primeras lecciones de bondad y fortaleza. Con frecuencia iba con ella a visitar a los pobres y a llevarles alimentos. En el hospital, que la señora Pro fundó en Concepción de Oro, se forjó aquella exquisita caridad de que luego dio ejemplos admirables.

Por algún tiempo acudió al colegio en Saltillo, luego en México. Pero no pudo terminar. Su padre era propietario de unas minas y, al ver las aptitudes de Miguel para el negocio, tuvo que interrumpir sus estudios a los 15 años y en la oficina de su padre trabajó con mucha eficacia. Cuando podía bajaba a las minas para ponerse en contacto con los obreros. Esto le sería muy útil para su futuro apostolado. También le sería muy útil su afición a la música y el arte con que tocaba la guitarra y la mandolina. Y sus aptitudes para el teatro, en el que sobresalía como actor de primera clase. Hasta que oyó la llamada de Dios y la siguió con valentía...

* * *

Entra en el noviciado de El Llano, en el Estado de Michoacán. Sus compañeros de este tiempo le recuerdan como sumamente caritativo, con gran sentido del humor y de la mímica, con gran habilidad para alegrar a los

demás. "La alegría, decía Juan Pablo I, puede convertirse en caridad exquisita cuando se comunica a los demás".

Se daba en él como un cierto desdoblamiento de su persona. "Dos hombres vivían a la vez en él: el amigo alegre, gracioso y lleno de agudeza y que hubiera podido hacer creer a un observador superficial que no había más que esto en él, y el hombre profundamente piadoso en el que la caridad y el espíritu sobrenatural eran la admiración de sus superiores y de sus más íntimos compañeros".

Una vez, durante el noviciado, cuenta un compañero suyo, "le invité a quedarse más tiempo en recreación, y entre veras y bromas me contestó: No puedo, porque voy a perder la vocación. No entiendo, le contesté, y él replicó: Si no duermo siesta, voy a tener mucho sueño en la oración, y si no hago bien mi oración, llegaré hasta a salir de la Compañía".

En agosto de 1913 corroboraba su entrega al Señor con la emisión de sus primeros votos religiosos.

* * *

Triste era la situación política de México por aquellos tiempos, y tristes los presagios. Porfirio Díaz había gobernado bien desde 1887 hasta 1911. Las inicuas leyes persecutorias de Benito Juárez subsisten, pero se aplican suavemente. Es un tiempo de respiro para la Iglesia, que puede actuar con relativa libertad.

Los políticos, presa de ambición y faltos de escrúpulos, se van eliminando mutuamente. Madero sucede a Díaz, y Huerta sucede a Madero. Después Carranza, en 1914, tras sangrientas batallas, se hace con el poder. Toma por lugarteniente suyo al bandido Villa, y se cometen toda clase de desmanes y sacrilegios en las iglesias y de atropellos a sacerdotes, religiosos y seglares católicos.

En 1915 empeora la situación. Las huestes de Carranza llegan hasta el noviciado. El H. Pro y sus compañeros empiezan su éxodo, lleno de peligros, por Zamora y Guadalajara, donde las hordas del General Obregón saqueaban las iglesias y casas religiosas, y el mismo Obregón había penetrado montado a caballo en la catedral.

El H. Pro y sus catorce compañeros observan a escondidas sus reglas y sus rezos. Tiempos de catacumbas. Y aún tiene ánimos para hacer reír a los demás y para visitar enfermos y necesitados.

Ha llegado la hora de partir hacia el destierro. Se dirigen hacia California y allí se establecen en el pueblecito de Los Gatos, en una casa de la Compañía. Es un año de tranquilidad, de estudio y oración.

En México las cosas siguen mal. Villa ha roto con Carranza, y ha surgido un tercer rival, Zapata. Se debilitan mutuamente, en triste guerra fratricida y antirreligiosa. En 1916 se impone Carranza e implanta una Constitución vejatoria para la Iglesia. Ante esta situación no podían volver los estudiantes a México y deciden trasladarse a España.

* * *

Una vez en España, pasará con sus compañeros mexicanos en Granada cinco años fecundos en frutos. Para consolarse de sus problemas familiares, piensa

sobre todo cómo hacer felices a los demás. "El H. Pro había adoptado como regla de conducta ser entre sus hermanos como el alegre rayo de sol que regocija y consuela". Mientras prosigue sus estudios, iba con frecuencia al asilo para asistir a los ancianos, bajo la acción espiritual del P. Topete, y también como catequista por los pueblos vecinos de la vega granadina, siempre con gran fruto para los oyentes.

El H. Pro era un joven sencillo que no daba importancia a lo que hacía. Así lo confiesa un compañero suyo: "Estoy del todo persuadido de que muchísimos actos muy hermosos de su virtud los ocultaba él bajo las bromas, de modo que no parecían sino espontaneidades suyas".

Terminados sus estudios de filosofía en Granada (España) en 1920, y como la situación en México seguía oscura, entre Carranza, Obregón y Callas, trasladan al H. Pro a otra Granada, a Nicaragua, donde los jesuitas de México dirigían un colegio. Fueron dos años difíciles para él.

En 1922 vuelve a España para estudiar teología en Sarriá. De la disponibilidad y servicialidad del H. Pro en Sarriá nos da buena cuenta su compañero el P. Murall. Y siempre como sin darle importancia. "El H. Pro parecía uno de esos hipócritas de la virtud. Se esfuerzan de aparecer ante los demás vulgaridades, uno de tantos, no obstante ejercitan constantemente las virtudes más sólidas". Terminó su estancia en Sarriá practicando los Ejercicios Espirituales en la Santa Cueva de Manresa, donde los hizo por primera vez San Ignacio.

* * *

En 1924 marcha a Enghien (Bélgica) para continuar la teología. Aquí como en todas partes, a pesar de las tristes noticias de su patria y de su creciente dolor de estómago, derrochaba delicadezas y buen humor. En 1925 el P. Raúl Plus les aleccionó sobre la presencia de Dios en nosotros con varias conferencias. Mucho le ayudaron en las terribles pruebas interiores que sufrió mientras se preparaba para el sacerdocio.

Fue ordenado sacerdote el 31 de agosto de 1925. "El día de mi ordenación sacerdotal sólo he pedido al Señor ser útil para la salvación de 'as almas", escribe a un amigo. Sufre por la ausencia de su familia. Siente cómo la gracia del sacramento lo ha transformado por completo. La Misa será desde ahora la fuente de su espiritualidad, el punto de referencia de toda su existencia. Al P. Pro se podría aplicar con todo derecho lo que se diría del P. Chemita, hermano del obispo Don José Abraham Martínez, fundador de los Operarios del Reino de Cristo: "Siempre celebró la Misa como si fuera la primera, como si fuera la última, como si fuera la única".

En Charleroi baja al fondo de las minas. Entra en contacto con los obreros. Se los gana con su entrega y buen humor. Buena preparación para su labor luego en México. Sufre varias operaciones de estómago con grandes dolores que soporta con alegría. Sus interminables insomnios le permitían prolongar su oración durante toda la noche.

Llegan malas noticias de la patria. Calles había empezado sus inauditas crueldades contra la Iglesia. Con su madre se escribe frecuentemente. "Creo, le contesta una vez su madre, que el Señor me pide el sacrificio de no verte subir al altar". Pocos días después moría.

Recitaba con frecuencia una ferviente poesía en que pedía a Dios "trabajar por las almas y dejar todo lo demás", lema que había adoptado antes San Juan Bosco. Por su parte, el P. Pro, que había encontrado dificultades en griego y latín, componía lindas poesías en castellano, como aquella en que se desahoga con sus hermanos y con sus padres.

Después de la tercera operación de estómago, lo envían a la Costa Azul para restablecerse en un sanatorio.. Allí actuaba como un ángel de caridad y hacía excursiones apostólicas a los alrededores. Los éxitos los atribuía a su madre. "Es ella, decía, que desde el cielo me ayuda a salvar las almas".

Como la mejoría es muy lenta, deciden que vuelva a México para recuperarse totalmente con los aires natales. Va a Lourdes a despedirse emocionadamente de la Virgen. En 1926 parte para México en el transatlántico *Cuba*. Era el único sacerdote a bordo y despliega en la travesía todo su celo sacerdotal.

* * *

México se encuentra en medio de la tormenta. Bajo la presidencia de Obregón (1920-24) los católicos logran organizarse, a pesar del clima que reina entre ellos. Hay profanaciones, incluso contra la misma imagen de la Virgen de Guadalupe. La Constitución sancionada por Carranza y que Calles aplicará luego con todo rigor empieza a dar dorosos frutos.

En 1924 había ganado las elecciones Plutarco Elías Calles, nombre fatídico que pasará a la historia como un nuevo Nerón. Empieza por cerrar las escuelas católicas e impedir el ministerio de los sacerdotes. En 1926 son expulsados los sacerdotes extranjeros, son arrojados los religiosos de sus conventos, es maltratado el arzobispo de México y se organiza un carnaval imitando sacrilegamente las procesiones religiosas. Los católicos mexicanos protestan con valentía. El episcopado pide que se deroguen las leyes sectarias. Pío XI les apoya con una carta que les dirige en 1926. Calles promulga una nueva ley en que se recrudescen las cláusulas antireligiosas. El episcopado vuelve a protestar y quedan clausuradas las iglesias.

Más tarde, cuando ya no se aplique con rigor, dirán los mexicanos que su Constitución parece que está redactada en inglés, porque está escrita de un modo y hay que leerla de otro. Pero de momento está produciendo frutos amargos. Frutos amargos, humillaciones y martirios, como el grano de trigo que se pudre en la tierra. Pero el pueblo fiel confía y espera. Sabe que de ahí brotarán las doradas espigas de un cristianismo militante y fecundo. Quizás habría que buscar ahí los motivos de ese estallido de gozo, de esas oleadas de fervor y pasión —que llegaron a asustar a las autoridades— con que el pueblo mexicano recibió en enero de 1979 la visita de Juan Pablo II. Buen baño de ardientes multitudes para el Papa que venía del Este. Buen premio para México, las primicias de los viajes del Papa. El Papa, que llamó a México y a toda la América Latina "el Continente de la Esperanza". Antes de llegar a México, alguien escribió ya: "La biografía de Karol Wojtyla cuenta que superó una invasión nazi y otra soviética en sus tierras polacas. Nos queda por ver si será capaz de soportar la hospitalidad mexicana". Hospitalidad ciertamente enardecida y abrumadora. Pedro de Urdimales compuso una estro-